

BOLSIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

Rififi en Miami

KEITH LUGER



Sonó el timbre de la puerta.

Tommy Runyon se afeitaba con la maquinilla eléctrica frente al espejo. Hizo chasquear la lengua y desconectó el aparato.

Mientras cruzaba el *living*, el timbre volvió a sonar.

—Está bien, ya voy —dijo.

Abrió la puerta y sus ojos se entrecerraron al ver a los dos hombres que estaban en el umbral. No los había visto nunca antes de ahora, pero conocía a la clase de fauna a que pertenecían. Tenía mucha experiencia a ese respecto.



Keith Luger

Rififi en Miami

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1376

ePub r1.0

Lds 22.03.19

Título original: *Rififi en Miami*

Keith Luger, 1976

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Sonó el timbre de la puerta.

Tommy Runyon se afeitaba con la maquinilla eléctrica frente al espejo. Hizo chasquear la lengua y desconectó el aparato.

Mientras cruzaba el *living*, el timbre volvió a sonar.

—Está bien, ya voy —dijo.

Abrió la puerta y sus ojos se entrecerraron al ver a los dos hombres que estaban en el umbral. No los había visto nunca antes de ahora, pero conocía a la clase de fauna a que pertenecían. Tenía mucha experiencia a ese respecto.

Los dos eran altos y se cubrían con trajes de paño tropical de buena confección. Tenían una edad aproximada, alrededor de los treinta años, sus rostros eran inexpresivos y sus ojos parecían trozos de vidrio.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó.

—Queremos hablar con usted —dijo él la derecha.

—Tengo el tiempo tasado, me espera mi rubia. Otra vez tendrán más suerte.

Runyon empezó a cerrar la puerta, pero, en eso, el que hasta entonces no había hablado metió la pierna por el hueco.

Runyon abrió otra vez.

—Se van a poner pesados, ¿eh?

El que había hablado antes dijo:

—No le hemos dicho nada todavía acerca del tema que vamos a tratar.

—No me interesa.

—A nosotros, sí.

De pronto alguien rió y la risa venía de la izquierda, de un punto que estaba fuera del campo visual de Runyon.

Luego se oyeron unos pasos y vio la enorme humanidad de Lloyd *Mail*. Probablemente había engordado una docena de kilos desde la última vez. Bajo los ojos mostraba grandes bolsas, Runyon sintió náuseas.

El gordo se cubría con un traje tropical color verdoso que brillaba mucho a aquellas horas del atardecer.

Lloyd se colocó entre los dos hombres que le habían precedido en la visita y metió las manos en los bolsillos del pantalón.

Echó una mirada a un lado y otro de la casa y comentó:

—Tienes una bonita choza, Tommy.

—No se puede comparar con tu mansión de Miami Beach.

—No, pero apuesto a que no tienes envidia.

—Desde luego, Lloyd. No te tengo envidia.

El gordo dejó oír la risita que Runyon ya conocía.

—Hace mucho tiempo que no te veía, Tommy.

—Llevo una vida retirada.

Lloyd *Mail* se rascó una mejilla mientras arrugaba el ceño.

—¿Cuánto tiempo hace, Runyon?

—No lo sé.

—Te metieron en la ratonera en el año cuarenta y ocho y no saliste hasta el cincuenta y cuatro. Y que yo recuerde no nos hemos visto en todos estos años.

—Entonces está claro, son diez años, ¿verdad, Lloyd?

—Sí —repuso Lloyd y dio un suspiro.

Runyon sacudió la cabeza.

—Estupendo. Se me ocurre una cosa.

—¿El qué, Runyon?

—Dentro de otros diez años, cuando pases por aquí, llégate a verme. Serás bien recibido.

—¿Cómo ahora?

Hubo un silencio, Runyon sonrió.

—Sí, Lloyd, más o menos.

Sólo corrió unas pulgadas la puerta porque observó que el tipo que tenía la pierna dentro de la casa no la apartaba.

Runyon le miró a los ojos fijamente.

—Quite la pezuña, amigo.

El otro no se movió.

Runyon le descargó un patadón y el otro lanzó un aullido

encogiendo el remo.

Su compañero sacó rápidamente la diestra del bolsillo de la chaqueta y Runyon vio que lo estaba apuntando con una pistola muy negra.

El tipo que había quedado con el pie lesionado, soltó una maldición. Fue a buscar su arma, pero una orden de *Mail* lo detuvo.

—¡Quieto, Bill!

Bill se estuvo quieto.

Runyon clavó los ojos en el rostro abotargado de Lloyd y observó que había dejado de sonreír. No le gustó el brillo que había en sus ojillos cerdunos.

—¿Qué significa esto, Lloyd? —preguntó.

—Es lo que pregunto yo.

—No te comprendo.

—Vamos adentro. Ahora lo sabrás.

—No quiero que ensuciéis mi casa.

Lloyd enseñó los dientes, los tenía muy juntos y eran muy blancos. Siempre había estado orgulloso de su dentadura.

—Somos amigos, Tommy.

—Eso fue hace mucho tiempo.

Hubo otra larga pausa. Luego una de las bolsas de Lloyd, la que estaba bajo el ojo izquierdo, se estremeció.

—Vamos a entrar, Runyon —dijo—. Y será mejor que no te opongas.

Tommy observó otra vez la pistola.

—Está bien —dijo, y se apartó dejándoles franco el paso.

Primero entró el tipo armado y luego Lloyd. Finalmente Bill.

Runyon pensó que debía despacharlos cuanto antes y que no adelantaría nada con mostrarse descortés. Fue al pequeño mueblebar que tenía en un rincón y cogió dos botellas.

—¿*Whisky* o ginebra, Lloyd?

El gordo echó una mirada al *living* y se decidió a ocupar uno de los sillones. Luego miró a Tommy, que esperaba con las dos botellas en la mano.

—Somos como de la policía, Tommy.

—¿Sí?

—No bebemos en acto de servicio —Lloyd rió su propio chiste y sus tres papadas se estremecieron.

Bill y su compañero, el de la negra pistola, estaban de pie cerca de la puerta.

Tommy se sirvió una ración de *whisky* y, mientras tanto, preguntó qué quería Lloyd de él, pero no halló una respuesta.

Volvióse y bebió un trago. Los tres hombres lo estaban mirando.

Lloyd sacó la pitillera y el encendedor y se puso a fumar.

El silencio era espeso, algo que hacía daño a los oídos.

Lloyd dio un resoplido.

—¿Cuál es la virtud que más apreciaste en mí, Tommy? Ya sabes, me refiero a diez años atrás.

—¿He de decir la verdad?

—Sí, claro.

—Tu cinismo.

Lloyd rió.

—Siempre tan ocurrente. Pero no era eso lo que tú decías entonces, Tommy.

—¿No?

—No, amigo, no. Tú decías que me admirabas por mi sinceridad.

—¿Eso dije?

—Desde luego y tengo testigos.

Tommy sonrió y bebió otro trago.

—Uno a veces no sabe lo que dice. Sólo se da cuenta mucho más tarde.

—Bien, Tommy. Vayamos al grano. Creo que hemos perdido demasiado tiempo.

—Vayamos al grano —asintió Tommy.

—¿Dónde está el dinero?

Tommy frunció el ceño.

—¿Cómo?

—El dinero.

—No te comprendo. Si mal no recuerdo, quedamos en paz, Lloyd.

Bill echó a andar hacia Tommy, pero Lloyd levantó rápidamente la mano y lo detuvo con un gesto.

Se hizo otro silencio. Luego la voz de Lloyd Mail sonó ronca, muy grave.

—Quiero mis doscientos cuarenta y seis mil dólares.

—¿Tus doscientos cuarenta y seis mil dólares? —repitió Tommy

—. ¿Sin centavos?

—Sin centavos, Tommy.

Runyon acarició el borde del vaso.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Desde luego, Tommy. A eso he venido.

—No te entiendo una palabra y maldita la falta que me hace entenderte.

Bill miró a su jefe esperando quizá que éste le hiciese una señal para que él pudiese iniciar su trabajo, pero Lloyd se mantuvo inmóvil. Luego sonrió.

—Sigo siendo el mismo, Tommy; paciente, tranquilo, ¿y creo que ti? Voy a contar una historieta.

—¿Por qué has de perder tu tiempo, Lloyd? —dijo Runyon.

—Es mío y te lo regalo.

—Muy bien, pero ahora tengo una cita. ¿Qué te parece si me lo cuentas un día de éstos por teléfono?

—Va a ser ahora.

Tommy dio un suspiro.

—Está bien, Lloyd. Adelante. Pero procura abreviar.

—Será muy corta, Tommy —Lloyd dio una chupada al cigarrillo y después de exhalar el humo prosiguió—: Anoche asaltaron mi negocio de La Herradura.

Tommy atirantó los músculos de la cara. En un instante se hizo luz en su cerebro. Ahora ya sabía por qué Lloyd estaba allí y no le gustó nada lo que pensó a continuación. Diose cuenta de que los tres pares de ojos estaban observándole muy fijos.

Lloyd echó el torso hacia adelante y prosiguió:

—Se presentaron cinco tipos enmascarados sobre la una de la madrugada. Ya sabes, cuando el asunto está en su apogeo. Lo hicieron perfectamente. Conocían pulgada por pulgada el terreno, la forma en que mis empleados trabajan, quiénes eran cada uno de ellos. Fue un golpe perfecto, Tommy, y lo hicieron con mucha rapidez. Uno de mis muchachos se entretuvo en cronometrarlos. Invirtieron exactamente cuatro minutos. ¿Qué te parece?

—Que fueron tipos con agallas.

—Es lo mismo que he dicho, aunque la pérdida para mí ha significado doscientos cuarenta y seis mil dólares.

—Un rudo golpe, ¿eh, Lloyd?

El gordo dio otro suspiro.

—Sí, demasiado. Justamente a esa hora tenía ayer la recaudación de mis otros tres negocios. Por eso se pudieron llevar tanto. Tres tipos se quedaron en la sala y dos entraron en la oficina. Ellos también sabían que yo no me encontraba allí. Era martes y todos los martes voy a dar clase de francés con una pelirroja. Cuando me avisaron, los pájaros habían volado. Utilizaron un par de coches para escapar, pero esto también lo habían organizado bien. Mis chicos, quince minutos después del golpe, encontraron un «Ford» y un «Chevy» a un lado del camino. Siguieron la dirección del Sur, hacia Cayo Largo. Bueno, no hemos podido encontrar nada. Se acabaron los coches abandonados y no dimos absolutamente con ninguna pista.

Se produjo una pausa.

—¿Por qué vienes a mí, Lloyd? —preguntó Runyon.

Lloyd hizo un gesto con la mano y se echó hacia atrás sobre el respaldo del sillón.

—Hemos trabajado mucho durante todo el día. Tú ya sabes cómo hago yo las cosas. No di cuenta a la policía. Es un asunto que he de resolver personalmente. Hice que mis muchachos divulgasen la noticia de que a los salteadores no les pasaría nada si entregaban su botín antes de las cinco de la tarde.

Runyon observó su reloj. Eran las siete y media.

Lloyd sacudió la cabeza.

—Sí, Runyon. Esos tipos con agallas han rechazado mi oferta. No he recibido el botín.

—Quizá se decidan más tarde.

—No, Runyon, yo sé que he de ir a coger ese dinero y voy a ir adonde sea.

—Estupendo, Lloyd.

—¿Qué crees que va a pasar, Tommy?

—Supongo que habrás comunicado con el Sindicato y allí te habrán prometido que harán todo lo posible.

—Sí, eso es lo que he hecho.

—El Sindicato es muy generoso. Recuperarás tú dinero, Lloyd.

—Te voy a dar otra prueba de mi sinceridad. Runyon —Lloyd empezó a sonreír—. Tampoco me fío del Sindicato.

—¿No? Tú eres un miembro, Lloyd.

Los hombres de Lloyd se estremecieron porque ahora rió más fuerte.

—Sí, yo soy un miembro. Supongo que lo puedo decir aquí porque no tendrás un magnetofón en marcha.

—No tengo ninguno.

—No me fío de mis socios, Runyon. Para ser exactos, no me fío de nadie. Tengo medios para atrapar otra vez mi dinero y lo atraparé.

—Te deseo mucha suerte —Tommy miró el *whisky*.

—Aún no hemos terminado, Tommy.

—Pues acaba pronto o mi rubia me plantará. Es una gran chica. Sentiría perderla.

Lloyd se puso a contemplar el humeante cigarrillo que tenía en la diestra. En aquella posición dijo:

—Me puse a pensar en que, además de los cinco tipos con agallas, tenía que haber alguien que supiese mucho de cómo hacer estas cosas, Tommy.

—Fue un buen pensamiento.

—Sabía que contaría con tu aprobación —Lloyd arrugó el ceño—. Me dije que el fulano debía ser un tipo muy grande, alguien especializado.

—Es posible.

—Alguien con mucha experiencia, que conociese a fondo las casas de juego, que me conociese a mí, que supiese que yo no iba a avisar a la policía. Alguien con eso que se llama veteranía. ¿Hubieses pensado tú igual, Tommy?

—Sí, ya te he dicho que sí. Sinceramente, creo que has dado en la diana.

—Entonces me puse a recordar nombres. Tú ya sabes que nosotros somos como los de la poli. No llevamos un archivo como ellos, pero no nos hace falta. Sabemos lo mismo sin necesidad de tanto papeleo.

—Sí.

—¿Quién podía ser el cerebro? Ése era el problema.

—Y hallando una respuesta diste con mi nombre —murmuró Runyon.

—No fue fácil, Tommy.

—Estás equivocado.

—Te aseguro que no fue fácil —repitió Lloyd como si no lo hubiese oído—. Yo no sabía que tú estabas aquí, en Florida. Francamente, te tenía olvidado.

—Es un olvido que me honra.

—Pero a uno de mis muchachos se le ocurrió citar tu nombre y entonces todo fue sencillo.

Tommy se sirvió otra ración de *whisky*.

—Te dije antes que estabas equivocado, Lloyd.

—¿Quién podía ser sino mi gran amigo Tommy Runyon?

—No, no lo soy.

—Tommy Runyon, el as, el número uno.

—Ahora soy como uno cualquiera, Lloyd.

—Se lo dije a mis muchachos. Ellos no te conocen, Tommy. Ha pasado mucho tiempo. Les hablé de ti, de lo que podías haber llegado a ser si no te hubiesen pescado, ¿verdad que sí, Tommy?

—Quizá.

—Y te lo hicieron pagar con una condena de seis años.

—Justo, seis años y tres días.

—Saliste en el 54, Tommy.

—Sí.

—¿Qué has hecho desde entonces?

—Pintar.

—¿Cómo?

—Puedes pasar a mi estudio. Está en la habitación de atrás.

—¿Eso has hecho, Tommy? ¿Pintar? —Los ojos de Lloyd se entrecerraron.

Tommy señaló con la mano una puerta que había a la derecha.

Lloyd se echó a reír.

—Me gustaría que fuese cierto.

Se levantó resoplando e hizo una señal con la cabeza a sus muchachos.

El tipo de la pistola fue detrás de Runyon, siempre con el arma en la mano.

CAPÍTULO II

El estudio era amplio y había un gran ventanal al fondo por donde Runyon veía todos los días alzarse el sol. De la pared colgaban muchos cuadros. En el centro de la habitación había un caballete cubierto con una tela.

Los cuadros le dijeron muy poco a Lloyd. Para él sólo eran una combinación de manchas.

—¿Qué porquería es esto, Tommy?

—Soy pintor abstracto.

—¿Lo habéis oído, chicos? —Lloyd soltó una carcajada—. Pintor abstracto. ¿No hay por aquí algún desnudo?

—Sí, ese que tienes ahí.

Lloyd desvió la mirada hacia el cuadro que Tommy señalaba.

Vio una curva marrón, luego muchas rayas y una mancha pardusca.

—¿Es tu rubia, Tommy?

—Sí.

—Entonces te haré un favor si hago qué no vuelvas con ella, ¿eh, chicos? —Lloyd se volvió hacia sus muchachos riendo a mandíbula batiente.

Bill y el otro también rieron, pero de manera más suave.

Runyon no dijo nada.

Lloyd sacudió la cabeza preguntando:

—¿Hay algún estúpido que compre esta basura?

—Te he dicho que me gano la vida —respondió Tommy.

—Estamos hablando en serio, muchacho.

—Es lo que supongo.

—¿Sabes lo que te digo, Tommy? No te va a servir de nada.

Runyon inspiró profundamente.

—Escúchame, Lloyd. No pensé nunca que pudiera contártelo, pero lo voy a hacer ahora. En la cárcel conocí a un tipo que me hizo comprender muchas cosas que hasta entonces habían permanecido ignoradas para mí. No te las repito porque te harían reír mucho y no lo comprenderías, pero el caso es que a mí me calaron hondo y decidí que cuando saliese de allí no volvería a las andadas. Pagué mi cuota y quedé en paz con la sociedad.

—Suen a drama —dijo Lloyd.

—No me importa a lo que te suene. El mismo tipo me enseñó a pintar. Dijo que yo tenía condiciones. Lo cierto es que me decidí a probar estando todavía allí, y no me fue mal. Gané un concurso con uno de mis primeros cuadros. Cuando salí de la ratonera me vine aquí. Me pareció un buen lugar para mantenerme lejos del mundo que yo había conocido. Conservaba un poco de dinero y compré esta casa. Los comienzos no me fueron fáciles, pero luego todo se fue encarrilando y ahora gano lo suficiente para vivir decentemente. Eso es todo, Lloyd.

—¿Todo? No has hablado de mis doscientos cuarenta y seis mil dólares.

—No sé nada.

—¿Ya has terminado?

—Sí, ya he terminado.

—Pues ahora óyeme a mí, Tommy. Todavía no ha habido un tipo que me la haya pegado. Soy demasiado vivo. Toda esa historia que acabas de contar podría conmover a alguien con muchas tragaderas, pero yo no soy precisamente un sujeto de esa clase. Confieso que lo organizaste bien. Has simulado ser durante muchos años un hombre honrado, pero apuesto a que has estado pegando algunos golpes para ir malviviendo, a la espera de que llegase tu oportunidad. Ha sido un plan estupendo, Tommy. Tú has pensado que yo terminaría por creerte y que cuando me decidiese a visitarte, admitiría tus excusas, ese cuento de tu regeneración, y que todo terminaría con unas palmadas.

Tommy se apretó el puente de la nariz cerrando los ojos. En aquella actitud oyó una voz extraña, la suya propia.

—Ya basta, Lloyd.

Cuando abrió los ojos observó que Lloyd lo estaba mirando de una extraña forma.

—Lo siento por ti, Tommy —hizo una pausa—. Creí que no tendría necesidad de echar mano de Bill y Joe.

Los dos cuervos intercambiaron una mirada y se pusieron en movimiento.

Joe, el de la pistola, cruzó por la mitad de la distancia que separaba a Runyon de Joe para cogerlo del otro lado.

Runyon ya estaba preparado cuando Bill le envió el primer viaje. Desvió ligeramente la cabeza evitando el impacto y le sacudió un trallazo en el mentón.

Bill soltó un grito y se desplomó en el suelo.

Runyon fue un poco tardo de movimientos y, cuando se volvió para hacer frente a Joe, éste le dio con la culata. Creyó que le estallaba la cabeza y todo lo vio negro. A pesar de su ceguera sabía dónde estaba Joe y logró conectar un par de golpes, pero éstos no tenían precisión y entonces el buitre le volvió a conectar la culata junto a la nuca.

Creyó que el mundo se deshacía en pedazos y que él era el más insignificante de todos. Algo se estrelló contra su cara y aun en su inconsciencia supo que estaba tendido en el suelo.

Pasó una eternidad y empezó a levantarse. Vio a Joe y a Bill muy cerca.

Lloyd estaba al fondo, fumando tranquilamente un cigarrillo.

—El dinero, Tommy —dijo el gordo.

—¡Vete al infierno!

Bill le incrustó un puño en el riñón. Joe fue a hacer lo mismo, pero Runyon lo cogió rápidamente por la muñeca.

Joe lanzó un grito y tuvo que saltar hacia arriba para evitar que le fracturasen el brazo.

Bill, mientras tanto, no se estuvo quieto. Aprovechando que su víctima estaba de espaldas, le dio en el hígado por dos veces consecutivas y Runyon volvióse jadeante. Logró atrapar del abdomen a Bill y comenzó a retorcérselo con furia. Vio como la cara de Bill se ponía roja y luego cárdena. Pero en ese instante Joe le pegó con una cachiporra en el cuello y luego otra vez un poco más arriba, en la cabeza.

Volvió a desplomarse a punto de perder el conocimiento y el par de bestias le patearon. Ya no podía hacer nada por evitar la paliza. Lo había intentado, pero había perdido. Se quedó inmóvil. Luego

oyó la voz de Lloyd.

—Ya basta, chicos, lo mataréis.

Oyó los pasos de Bill y Joe cuando se retiraban.

—Echadle agua —ordenó Lloyd.

Transcurrió un minuto y luego sintió la caricia fría sobre su cabeza.

Al tratar de moverse sintió que todo su cuerpo estaba lacerado. Le resultaría imposible levantarse. Abrió los ojos y descubrió el rostro cerduno de Lloyd en lo alto que le estaba mirando con la cara ladeada.

—¿Cómo estás, muchacho?

Runyon resopló entre jadeos, pero no pudo decir nada.

—¿Puedes escucharme, Tommy?

Runyon cerró y abrió los ojos indicándole que podía oír aunque ahora le fuese imposible hablar.

—¿Por qué te has puesto así, chico? —dijo Lloyd—. Tú has tenido la culpa. Yo sólo quiero mi dinero.

Tommy sintió que de su pecho se apoderaba una rabia sorda. Hubiese querido ponerse en pie y machacar aquella cara repulsiva, odiosa, que estaba sonriendo otra vez.

—Es mi dinero, ¿entiendes, Tommy? ¿No es justo? —Sacó otra vez la pitillera y encendió un cigarrillo. Después de darle dos chupadas agachóse sobre Tommy y se lo puso entre los labios.

Tommy le escupió el cigarrillo y éste golpeó contra la mejilla de Lloyd, produciendo un sinfín de chispas.

El gordo lanzó un grito y se levantó sacudiéndose.

—¡Maldito seas, Runyon!

Uno de los buitres le descargó un patadón, pero ahora ya no lo sintió.

Lloyd se puso a respirar agitadamente y luego lo apuntó con el dedo índice.

—Bien, chico. Tú lo has querido. Escucha bien. No me importa que fueses tú el autor del golpe. ¿Lo entiendes? No me importa nada. Sólo te voy a decir una cosa. Tú te vas a encargar de traerme los doscientos cuarenta y seis mil dólares a casa. ¿Lo sabes, Tommy? Tú me los vas a traer.

Hubo una pausa.

—Tú eres muy listo, Tommy, y eres único para estas cosas.

Siempre lo fuiste. Supongamos que no lo has hecho. Tú tienes cerebro suficiente para dar con los ladrones, con el tipo que lo preparó. ¿Lo oyes? Y vas a trabajar para mí.

Tommy negó desde el suelo con la cabeza.

Lloyd apretó los dientes con rabia.

—Tommy, vas a trabajar para mí —repitió con voz suave—. Y no tienes más remedio que hacerlo, porque si no lo haces, te juro que la próxima vez no lo podrás contar. Te voy a dar una semana de plazo. Tommy. ¿Lo entiendes? ¡Una semana! ¡Siete días! ¡Es lo que te queda de vida! Si en esos siete días no das con los tipos que me birlaron la pasta, ya puedes ir despidiéndote de tus amigos, si es que aún te queda alguno.

Sobrevino otro silencio.

Tommy cerró los ojos. El dolor se transmitía en ondas desde su cerebro hasta la punta de los pies.

Deseaba estar solo, acostarse, aunque suponía que le iba a resultar muy difícil llegar a la cama.

Oyó otra vez la voz de Lloyd.

—Sabes que no estoy jugando, Tommy, sabes que yo cumplo todas mis promesas, sabes que si fallas eres hombre perdido. No intentes huir, muchacho. No lo intentes porque te juro que no llegarás muy lejos. ¿Lo vas entendiendo, maldito? Sólo así podrás seguir viviendo.

Runyon abrió los ojos clavándolos en la cara de Lloyd. El condenado cerdo sonrió otra vez.

—Y para que veas que soy un tipo agradecido, te daré cinco billetes de los grandes. ¿Qué te parece, muchacho? Cinco mil dólares por recuperar lo que me pertenece. Y hasta es posible que vuelva a admitirte en la organización. Bonito, ¿verdad, Tommy? Puedes ser un hombre importante. Muchos se han preguntado qué ha sido de ti. Todos esperaban que fueses un tipo muy grande y, de la noche a la mañana, te esfumaste. Recupérame los doscientos cuarenta y seis mil dólares y es posible que vuelva a brillar tu estrella —se mojó los labios con la lengua y de pronto apuntó a Tommy con el dedo índice—. Pero, recuérdalo, chico. Siete días. No falles, porque si lo haces... —Meneó la cabeza—, se acabó todo para ti, Tommy.

Encendió otro cigarrillo, le dio un par de chupadas y agachóse

sobre Tommy y se lo puso otra vez en los labios.

Runyon sintió cómo los pies de los buitres se acercaban a su cuerpo. Lloyd estaba esperando que le escupiese otra vez el cigarrillo, pero él entonces dio una chupada y tuvo la impresión de que había un par de costillas incrustadas en sus pulmones.

Lloyd se incorporó riendo.

—Así me gusta, muchacho. Vamos, chicos, tenemos muchas cosas que hacer. ¿Es que lo olvidasteis? Tommy tiene una cita con su chica. Sois un par de tipos desconsiderados.

Los dientes de Runyon se apretaron, seccionando el cigarrillo, el cual rodó, quemándole la barbilla y el cuello antes de llegar al suelo.

Oyó los pasos de Lloyd y sus dos matones mientras se alejaban hacia la salida. Más tarde la puerta dio un golpe. Luego el ruido de un motor se fue perdiendo poco a poco en la distancia. Finalmente, el silencio.

Todavía permaneció un rato allí tendido. Luego empezó a moverse y se contuvo, porque sintió agudas punzadas en todo el cuerpo. Se tomó algún descanso y empezó a arrastrarse hacia el cuarto de baño. Fue una marcha lenta, dolorosa, pero lo pudo soportar pensando en que muy pronto podría estar mejor.

Llegó al cuarto y se enderezó ayudándose con las palmas de las manos. Abrió el grifo del agua caliente y luego sentóse en la bañera. Poco a poco se fue desprendiendo de la ropa y cuando quedó desnudo se dejó resbalar en el agua.

Fue reconfortante. Permaneció como cosa de una hora con los ojos cerrados, apoyada la cabeza en la bañera. Luego se levantó y pudo salir, aunque le seguía doliendo todo el cuerpo. Se secó suavemente con una gran toalla de baño y luego se miró en el espejo.

Vio verdugones y las señales rojizas que tenía en la cara y en todo el cuerpo. Bill y Joe sabían trabajar bien.

Abandonó el cuarto de baño y fue al *living*. Ahora se encontraba mucho mejor. Había temido que le hubiesen roto algún hueso, pero no era así, aunque le dolía el pecho cada vez que respiraba.

Se sirvió una buena ración de *whisky* y con el vaso fue hacia su dormitorio. Bebió un trago y puso el vaso en el suelo. Luego se echó sobre el lecho y aquello fue algo bueno para él.

Cerró los ojos y estuvo pensando mucho rato hasta que finalmente quedó dormido.

CAPÍTULO III

El timbre del teléfono se puso a repiquetear.

Runyon esperó un rato, pero el teléfono siguió llamando, y entonces se levantó, soltando una imprecación para sus adentros.

Habían transcurrido casi veinticuatro horas desde que Lloyd y sus muchachos le visitaron. Se sentía mucho mejor, aunque le dolía el cuerpo.

—¿Sí? —dijo a través del cable.

—Hola, muchacho.

Tuvo un escalofrío al reconocer la voz de Lloyd.

—¿Has averiguado algo, Tommy?

—No he salido de casa.

—Qué lástima haber perdido un día. Ya sólo te quedan seis — soltó una carcajada y seguidamente colgó.

Tommy quedóse un rato mirando el teléfono. Finalmente lo dejó también en la horquilla.

Había estado todo el tiempo en la cama y ahora pensó que llevaba mucho tiempo sin comer.

Fue a la cocina y abrió la nevera, preparándose unos huevos revueltos, un buen filete, y luego sacó una botella de cerveza y se puso a hacer el café. Cuando lo hubo despachado todo, encendió un cigarrillo, fue a la mesa de su despacho y abrió un cajón, sacando el talonario. Comprobó su estado financiero. Le quedaban ochocientos dólares en el Banco más doscientos que tenía en casa. Bastante para largarse y llegar hasta la costa del Pacífico. Pero ¿sería eso suficiente?

Se dio a sí mismo la respuesta. No, no lo era. El Sindicato al que Lloyd pertenecía llegaba a todas partes. Lloyd echaría mano a sus socios para ajustarle las cuentas, y un día, más pronto o más tarde,

el cadáver de Tommy Runyon sería encontrado en cualquier parte. No le gustó el asunto, tal como estaban las cosas.

Al día siguiente pudo andar perfectamente y flexionar las piernas y los brazos.

Se puso a pintar en el cuadro que estaba trabajando.

A eso de las cuatro de la tarde sonó otra vez el teléfono.

—¿Quién llama? —preguntó.

—Hola, chico.

Era de nuevo Lloyd.

—¿Alguna cosa, Tommy?

—Continúo sin salir de casa.

—Estupendo, sigue así y sólo lo harás una vez, pero será con los pies por delante. Han pasado des días, Tommy, sólo te quedan cinco.

Esta vez Lloyd no colgó.

—¿Por qué me has tenido que elegir a mí, Lloyd?

—Siempre me ha gustado encargar cada trabajo al hombre que reúne mejores condiciones. Tú lo sabes.

—Yo estoy desconectado de tu mundo.

—Tonterías, y además...

—¿Además?

—Todavía no estoy seguro de que no hayas sido tú, pero lo sabré.

—¿Cómo?

—Si emprendes la huida.

—No hay escapatoria, ¿eh, Lloyd?

—Sí, muchacho, existe una.

—¿La de que encuentre el dinero?

—No. La de que me entregues el dinero porque quizá no necesites encontrarlo, si has sido tú el que organizó el golpe.

Runyon se tomó algún tiempo para pensar.

—¿Estáis ahí, Tommy? —Oyó a Lloyd.

—Sí, todavía no me he ido.

—No pierdas más tiempo, chico, y ponte a trabajar.

—¿Qué has adelantado en estos dos días, Lloyd?

—Nada.

—Eso es absurdo.

—Sí, Tommy, es absurdo. A mí también me lo parece, pero es

así.

—Tiene que haber alguna pista, algún cabo suelto.

—No, muchacho. Esos tipos lo hicieron todo perfectamente.

—Pero entonces, ¿cómo quieres que me encargue del asunto?

—Tú eres un hombre de recursos.

—¡Al diablo con eso!

—Sí, Tommy. Tengo mucha confianza en ti. La tuve hasta el año 48, y estoy seguro de que esos cuadros que pintas, si es que los pintas tú realmente, no te habrán hecho perder facultades.

—Escucha, Lloyd.

—Dime.

—No voy a huir porque no soy yo quien se llevó tu dinero, pero tampoco voy a trabajar para ti. Voy a continuar mi vida.

Lloyd se echó a reír.

—Cinco días, muchacho. Sólo te quedan cinco días de vida. Quédate ahí en tu casa y dedícate a pintar, pero, recuérdalo, cada minuto que pase te irás aproximando a la fosa —soltó una fuerte risotada.

Luego Lloyd colgó.

Tommy encendió un cigarrillo y se puso a pasear frotándose la nuca. No: como había dicho Lloyd, para él no había escapatoria.

Tenía que hacer algo aunque no sabía qué. ¿Ponerse en camino hacia el Oeste a pesar de todo? ¿Empezar a trabajar para Lloyd? ¿Y si ponía manos a la obra y a pesar de sus esfuerzos no lograba dar con los salteadores?

Soltó una retahíla de maldiciones para sus adentros. Unas palabras se formaron en su mente. Camino de la fosa.

Mantúvose un rato inmóvil mirando al cielo raso y de pronto aplastó el cigarrillo contra el cenicero, púsose rápidamente la chaqueta y abandonó la casa. Lloyd *Mail* había ganado.

CAPÍTULO IV

La cabaña estaba en medio del pantano. Runyon conocía bien el sendero que conducía hasta allí.

Todo estaba en silencio, hacía un día primaveral y el cielo era una mancha azul turquesa.

Subió al porche y llamó a la puerta, pero al cabo de un rato de espera seguía allí sin que la puerta se hubiera abierto.

—Jim —llamó con voz fuerte.

Hizo girar el pomo y la puerta se abrió.

Cruzó la habitación y echó un vistazo al dormitorio y a la cocina.

No; no había nadie.

Sentóse en una mecedora y fumó un cigarrillo.

La cabaña pertenecía a Jim Bodin, viejo ex presidiario que se había regenerado convirtiéndose en trampero y cazador de alligators.

Jim se veía obligado a internarse mucho en los Everglades para llegar a un lugar donde pudiese dedicarse a su profesión sin contravenir la ley que prohibía la caza de alligators. A veces se pasaba semanas enteras en el interior del país antes de regresar a su cabaña, pero el hecho de que la puerta estuviese abierta significaba que Jim debía estar cerca.

Efectivamente, al cabo de treinta minutos de espera sintió pasos en el porche y poco después la puerta se abrió.

Runyon vio entrar a Jim Bodin con el rifle en la mano.

Jimmy tendría unos sesenta y cinco años y era de estatura regular, delgado, de facciones escurridas. Tommy jamás había visto reír aquel rostro.

El viejo vio al joven en la mecedora y movió la cabeza.

—Hola, Tommy.

—¿Cómo te va, Jimmy?

El trampero cerró la puerta y dejó el rifle en un rincón. Volvióse frotando despaciosamente las manos.

—No me puedo quejar. Hace mucho tiempo que no venías por aquí.

—Está un poco retirado de mi casa, ya lo sabes.

—Sí, desde luego. —Los ojos de Jim Bodin se fijaron en el rostro de Runyon—. ¿Peleaste, Tommy?

—Sí, y está relacionado con el motivo que me ha impulsado a venir.

—¿Tienes apetito?

—No me vendrá mal.

—Cacé un pato que ha resultado pura mantequilla. Guardé la mitad en el refrigerador. Acompáñame a la cocina y mientras yo preparo el asado me colocas tu historia.

Runyon le contó todo lo que había ocurrido a partir del momento en que Lloyd entró en su casa.

Jim Bodin no lo interrumpió. Era su costumbre. Jamás interrumpía a nadie.

Luego se hizo un silencio tan sólo turbado por el chisporroteo de las brasas en que se asaba el pato.

Jim preparó la mesa y luego se pusieron a comer.

Runyon convino en que Jim tenía razón. El pato estaba sabroso de verdad. Luego tomaron café y hasta entonces Jim no había dicho nada.

Jim encendió su pipa sentado en la mecedora mientras Tommy lo miraba de pie, junto a la chimenea, fumando un cigarrillo:

Los ojos de Jim se fijaron en los del joven.

—Te has creado un mal enemigo, Tommy.

—Lo sé.

—Lloyd cumplirá su palabra si no lo sacas del apuro.

—Es la conclusión a que he llegado.

Jim meneó la cabeza.

—Ese Lloyd sigue siendo un reptil.

—Vine para ver si me podías echar una mano.

—Me gustaría, Tommy, pero me temo que no te pueda servir de mucho.

—Has conocido a casi todos los delincuentes del país.

—Me retiré hace cinco años.

—Sí, pero yo opino como Lloyd. Este trabajo sólo lo ha podido hacer un veterano.

—Es posible.

—Quiero que me informes acerca de los más importantes. Cualquiera de ellos lo ha podido hacer.

—Está bien. Adelante, Tommy.

Runyon dio unos pasos por la estancia y luego se volvió hacia el viejo.

—Paul Calet.

—No hay nada con él. Está en Sing Sing desde hace siete años. Le impusieron la perpetua.

—Jacob Wales.

—¿No te enteraste? Le soltaron una ráfaga de ametralladora en Chicago hace cosa de año y medio. Murió instantáneamente. Me lo escribió un compañero.

—Lem Reilly.

—Está en Sudamérica desde hace cuatro años.

—¿Es eso seguro?

—Le contrataron para encargarse de la vigilancia de un club nocturno. Trabaja allí con nombre supuesto. Si vuelve, la policía lo encerrará para siempre. Sé que ha ganado mucho dinero —Jim sacudió la cabeza—. No, Tommy, 110 creo que haya vuelto.

—Está bien. Sigamos —Tommy se apretó las sienes con la diestra—. Colin de Sarro.

—Se fue al Canadá hace tres años.

—¿Qué hace allí?

—Montó una cadena de clubs nocturnos.

—¿Has tenido noticias últimamente de él?

—Sí. Hace un par de meses encontré en Miami a Ray Bead, el croupier. Ya sabes que él y Colin se llevaban bien. Le preguntó a De Sarro y le dijo que el día menos pensado vendrá a Estados Unidos a disfrutar de sus millones.

Tommy sacudió la cabeza preguntando:

—¿Hay alguno más?

—Está Slim Carpenter, pero no ha podido ser porque se encuentra en el hospital de Denver. Hace dos meses sufrió un

accidente de automóvil y le tuvieron que amputar las dos piernas — Jim se quedó pensativo—. También hay un tipo con la suficiente inteligencia para dar un golpe de esa clase: Kent Francis. Pero se encuentra muy lejos de aquí, en Inglaterra, cumpliendo una condena de veinte años.

Luego hubo un silencio.

—¿Alguno más? —inquirió Tommy.

Jim hizo un gesto negativo.

—Hay muchos, pero ninguno de los que yo conozco es capaz de realizar un trabajo como el que le han hecho a Lloyd Mail.

—Eso quiere decir que ha tenido que ser uno de los que has nombrado.

—No necesariamente.

—Explícate.

—Quizá sea alguien que nosotros no conozcamos, un tipo que haya dado golpes de menor cuantía y que luego se le haya ocurrido éste.

—Hemos quedado en que se necesitaba veteranía para hacer una cosa como la de La Herradura de Lloyd.

—Quizá el tipo lo sea. Como ya te he dicho, ha podido llevar una carrera de asaltos en menor escala. ¿Qué pasó con Max Gotfard? Era un tipo con veinticuatro años y se había dedicado durante una temporada a asaltar estaciones de gasolina. De la noche a la mañana pegó un golpe en la agencia de cobros de Jameson de Kansas City llevándose medio millón.

—Pero a Max lo pescaron y ahora lo está pagando.

—Sí, lo cazaron, pero no fue por culpa suya, sino por el soplo de uno de los miembros de la banda. Quiero decirte con esto que lo de Lloyd puede haber sido realizado por un joven cuya identidad nosotros ignoramos. Si es así, lo más lógico es que dentro de unos meses se produzca una filtración. Algún miembro de la pandilla se irá de la lengua y ése será el principio del fin.

—Yo no puedo esperar unos meses, Jimmy. Me quedan cinco días.

—Sí, lo sé, muchacho —Jim se rascó junto a una oreja—. Y lo siento.

—Parece que tengo el asunto difícil, ¿eh?

—Sí, creo que sí. Lo único que puedo hacer por ti es retirarte de

la circulación.

—¿Cómo, Jim?

—Conozco bien los Everglades. Tengo un par de cabañas por el interior.

—Ya sé. Yo me quedo en una de esas cabañas durante un par de años y luego me largo a otra parte del país con nombre supuesto.

—Sí, Tommy.

—No, gracias. No voy a hacer nada de eso.

—El tiempo pasa muy aprisa y con dos o tres años tendrás suficiente.

Tommy se echó a reír.

—Sería gracioso. Eso sería tanto como decirle a Lloyd que soy el ladrón. Bastaría con que alguno de los verdaderos salteadores se fuese de la lengua. Los miembros del Sindicato me cazarían aunque tuviesen mucho que esperar. Tú lo sabes bien, Jim, no necesito convencerte.

Jim quedóse pensativo dando chupadas a su pipa.

Poco después Tommy dio un suspiro.

—Está bien, Jim. ¿Tienes una pistola?

—Echa una ojeada a tus pies.

Tommy miró la raída alfombra que pisaba. Agachóse y la levantó. Vio una tabla que estaba suelta. Buscó la juntura y clavó las uñas, levantándola. Abajo había dos pistolas, una «Luger» y una «Smith & Wesson».

Tomó ésta porque era más pequeña. Comprobó que estaba bien cuidada. En el agujero también había unos cuantos cargadores. Buscó los correspondientes, colocó uno en su sitio y dejó la pistola lista para escupir plomo. Luego se la guardó en el bolsillo junto con dos cargadores de repuesto y cerró la pequeña trampa, cubriéndola con la alfombra.

—¿Qué vas a hacer, Tommy? —preguntó Jim.

—Seguiré buscando.

—Es muy poco tiempo.

Tommy echó a andar hacia la puerta y cuando la abrió miró a Jimmy.

—El pato era bueno. Gracias por todo.

Desanduvo el camino del pantano y poco después pisó la carretera donde había dejado su coche. Como cosa de media hora

más tarde llegaba a su casa.

Descubrió el automóvil negro estacionado en la otra parte de la calle y cuando cruzaba el sendero del jardín vio a Bill y a Joe en el porche, recostados en la pared.

—Hola, muchachos —les dijo.

No le contestaron. Metió la llave en la cerradura y abrió.

Sabía lo que iba a pasar. Los dos buitres venían a pegarle otra paliza, pero ahora le llegaba su turno. Se metieron en la casa detrás de él y Bill cerró la puerta.

Tommy aprovechó su situación ventajosa y castigó el hígado, el estómago y la cara de Joe, aplastándole contra Bill, el cual, cada vez que se quería mover, las espaldas de su compañero se lo impedían.

Luego, Joe empezó a abatirse lentamente y Tommy tuvo la cara de Bill al descubierto. Le pegó un derechazo y luego otro golpe con la izquierda en las narices. Respiró profundamente y cuando el otro se disponía a saltar hacia un lado lo cazó en el mentón.

Bill también se desplomó y quedó inerte junto a Joe.

Tommy los contempló unos instantes recuperando el resuello y luego se fue al rincón del bar y se sirvió una buena ración de *whisky*. Esperó tranquilamente y cuando empezaron a dar señales de vida sacó su pistola.

Los tipos se levantaron escupiendo sangre. Ambos tenían la cara arruinada. Vieron el arma que Tommy esgrimía y sus ojos brillaron ferozmente.

Tommy señaló el teléfono.

—Anda, Joe, llama al jefe.

Joe sacudió la cabeza. Avanzó hacia la mesa ratona, cogió el auricular y marcó el número. Esperó unos segundos.

—¿Señor *Mail*...? Aquí Joe.

Tommy le hizo una señal para que le cediese el auricular, y cuando lo tuvo en la mano lo obligó a retirarse hacia donde estaba Bill.

—¿Lloyd? —dijo a través del cable.

—Hola, muchacho —rió Lloyd—. Lo siento, pero he querido demostrarte que no se trata de un juego. Les dije que te moliesen otra vez y ahora supongo que te pondrás a trabajar, aunque te cueste un poco moverte.

—Esta vez se cambiaron las tornas, Lloyd. Fui yo quien los molió a ellos.

—¿Cómo?

—Escucha bien, Lloyd. Estoy trabajando ya en tu asunto. Pero no necesito espías a mi alrededor. Quiero que eso quede bien claro.

El gordo tardó casi medio minuto en reaccionar. Luego rió alegremente.

—De modo que les zumbaste, ¿eh, muchacho? Siempre pensé que tú no cambiarías mucho.

—Quiero que hables con Joe y le digas que me dejen en paz.

—Por cinco días, Tommy.

—Estoy de acuerdo.

—Muy bien, chico. Dile que se ponga.

Tommy alargó el auricular a Joe. Éste escuchó durante un rato y finalmente dio una respuesta afirmativa y colgó.

Empezó a retirarse hacia la puerta sin dejar de mirar a Runyon. Luego dijo a Bill por la comisura de la boca:

—El jefe dice que se acabaron las visitas... hasta dentro de cinco días.

Bill se restañaba la sangre que le brotaba de la nariz. Abrió la puerta y salió, y luego lo hizo Joe.

Tommy quedó con la pistola en la mano hasta que vio por la ventana cómo el coche negro se alejaba de aquel lugar.

Bien, tenía cinco días y no sabía a dónde dirigirse. La visita a Jim Bodin había servido para muy poco, pero no podía estarse quieto en su casa. Tenía que poner manos a la obra.

Durante los tres días siguientes visitó clubs nocturnos, estaciones de gasolina y las pequeñas localidades de los alrededores de Miami. Habló con soplones, con gente de mal vivir, contrabandistas, aventureros de toda laya, rubias pelirrojas, morenas, tipos que residían todo el año en la costa, empleados de hotel, pero no logró la menor pista acerca de los salteadores del local de *Lloyd Mail*.

Durante aquel tiempo, el gordinflón no lo había molestado para nada. Ni siquiera le había llamado por teléfono. Faltaban sólo dos días para que se cumpliese el plazo fatal.

Ahora estaba en su casa. Eran las seis de la tarde y él veía ponerse el sol sentado en su estudio mientras fumaba un cigarrillo.

El timbre del teléfono repiqueteó.

—¿Cómo estás, muchacho?

Era por fin Lloyd.

—No he logrado nada hasta ahora —anunció Tommy.

—Qué lástima.

—Quiero que me amplíes el plazo.

—No, Tommy.

—¿Por qué no?

—Porque todo eso demuestra que el tipo vivo eres tú mismo.

Dos días, Tommy, y estarás en la fosa —seguidamente colgó.

Runyon se puso a pasear.

Bien, ya nada podía hacer. Lo había intentado todo sin ningún resultado. Lloyd lo tenía atrapado.

Había gastado doscientos dólares durante su investigación infructuosa. Le quedaba muy poco dinero para encontrar un refugio lejos de los *gángster*. No; no iba a echar a correr. Contaba con una pistola.

Se puso a pintar y logró abstraerse en su trabajo.

De pronto el teléfono llamó nuevamente.

Dejó que el timbre sonase un rato, pero como no dejase de llamar, finalmente lo atendió.

—¿Quién es?

—Soy Jim, Tommy. Me vine a dar una vuelta por Miami.

—¿Y qué?

—¿Has adelantado algo en tu trabajo?

—No.

—He encontrado algo que quizá a ti te interese.

—Adelante, Jim.

—Doris Ketcham, la mujer de Colin de Sarro, está aquí.

—¿Doris Ketcham? No la conozco.

—Estuvieron casados tres años, pero se divorciaron hace cosa de seis meses. Ella, antes de ser la esposa de Colin de Sarro, trabajaba en los clubs nocturnos como vocalista, y ahora, después de separarse de Colin ha vuelto a lo suyo. La he visto fotografiada a la puerta de La Copa de Oro. Se me ha ocurrido que lo deberías saber. Desde luego no es ninguna pista, pero supongo que querrás aprovechar todas tus oportunidades.

—Sí, Jim. Gracias.

Tommy oyó que Jim colgaba desde la otra parte y él hizo lo

mismo.

Afeitóse rápidamente y luego se puso un traje oscuro, camisa blanca y corbata gris. Comprobó el estado de la pistola y poco después se dirigía en su coche a Miami.

CAPÍTULO V

Estacionó cerca de La Copa de Oro y antes de entrar en el local se detuvo ante la fotografía de Doris Ketcham. Era una pelirroja con muchas curvas. Parecía muy atractiva. Pasó al interior y ocupó un taburete ante el mostrador.

Transcurrió media hora antes de que le llegase el turno a Doris Ketcham.

La joven resultaba mucho más seductora en persona que en la fotografía. Era esbelta, de largas piernas y pecho firme.

Su voz era vulgar. Cuando terminó su número cosechó una salva de aplausos y se retiró.

Tommy saltó del taburete y no tuvo ninguna dificultad para llegar a un corredor.

Preguntó a una rubia por el camerino de Doris y recibió la respuesta de que era el número tres.

Llegado ante la puerta de éste abrió sin llamar.

Doris Ketcham estaba fumando un cigarrillo frente al tocador y lo vio a él reflejado en el espejo. Sus ojos se encontraron.

—Hola —dijo él.

—Tengo una fuerte jaqueca. Vuelve otro día.

—Soy un amigo de Colin.

Vio por el espejo cómo las cejas de ella se enarcaban.

—Terminé con Colin.

—Es posible, pero yo sólo quiero su dirección.

—Está en Canadá.

—Creí que ya había vuelto y que me podría largar los dos billetes grandes que me debe.

—¿Cuál es tu nombre?

—Tommy, Tommy Runyon.

—Nunca oí a Colin referirse a ti.

—Uno no nombra mucho a sus deudores.

—Eso también me extraña, que él te debiera dos billetes. Colin es un buen pagador.

—Pensé que, puesto que tú estabas aquí, él también podía haberse dejado caer en Florida.

—Nos divorciamos hace seis meses. No sé nada de Colin. Lo dejé en Montreal y yo me fui a Las Vegas. Conseguí el divorcio y me puse a trabajar.

—¿No os habéis visto desde la despedida?

—No.

—Dame su dirección. Le pondré una conferencia a larga distancia.

La joven titubeó.

—No quiero meterme en líos —dijo.

—No te preocupes, nena. No daré tu nombre. Tú y yo no nos hemos visto.

—Está bien. Edificio Butler —a continuación dio el número del teléfono.

—¿Usa allí el nombre de Colin de Sarro?

—No. Es Leslie Scheaffer.

—De acuerdo. Gracias por el informe.

—No hay de qué, y que cobres los dos billetes.

Runyon le dio las gracias y salió del camerino.

Fue directamente a su casa y pidió una conferencia a larga distancia al número de Leslie Scheaffer, edificio Butler, de Montreal.

Le dijeron que no se apartase del aparato y poco después oyó el timbre del teléfono sonar en la otra parte.

Transcurrió como cosa de un minuto y por fin descolgaron.

—Leslie Scheaffer. ¿Quién llama?

—¿Es usted Scheaffer?

—Sí, el mismo. ¿Quién es?

—Un amigo tuyo, Colin, Tommy Runyon.

Hubo una larga pausa.

—¿Runyon...? Hola, muchacho, ¿cómo te va? —El que estaba a la otra parte soltó una carcajada—. Celebro oírte. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada, Colin. Sólo quería hablar contigo. Me encontré esta noche aquí en Miami a Doris y recordé que hacía mucho tiempo no charlaba contigo. La verdad es que no tengo trabajo y pensé que tú me podrías ayudar. Me dijeron que prosperaste mucho por ahí.

—Bueno, no es la mejor época, Tommy, pero dentro de unas semanas quizá pueda hacer algo por ti. Llámame y ya veremos si tengo algo.

—Gracias, Colin.

—No hay de qué darlas. Ya sabes, cuando puedo ayudar a un amigo lo hago. No te olvides de llamar.

—Así lo haré —luego Runyon colgó.

Había conocido a Colin en la prisión y nunca habían simpatizado, siempre se ignoraron el uno al otro, y he aquí que ahora Colin le contestaba amistosamente. No lo había podido identificar por su voz, ya que había transcurrido mucho tiempo y él había hablado muy pocas veces con Colin.

Llamó a La Copa de Oro preguntando por Doris Ketcham.

La joven ya se había marchado. Quiso saber su dirección y el hombre que atendía le dijo que la vocalista se alojaba en el edificio Mason. Avenida de las Palmeras, doscientos setenta y cuatro.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, alrededor de las once de la noche, llamaba en el apartamento de Doris. Tuvo que esperar un rato.

La joven le abrió cubriendo su esbelto cuerpo con un batín del color de la sangre.

—¿Tú otra vez? —dijo al verle en el corredor.

—¿Puedo pasar?

La joven titubeó unos instantes, pero finalmente le franqueó la entrada.

Tommy se encontró en un *living* muy confortable. Ocupó un sillón sin esperar a que ella le invitase. Luego la miró. Doris estaba de pie con los brazos cruzados observándole.

—Pensé que estarías durmiendo —murmuró.

—Leía un poco —dijo ella.

—Llamé a Canadá, pero Colin no está allí.

La joven se mojó el labio inferior con la lengua.

—¿No? Bueno, quizá se encuentre en otra ciudad. Tiene un par de locales en Quebec.

—Me dijeron que tampoco estaba en Quebec, que había venido aquí.

Tommy observaba escrutadoramente el rostro de la joven, pero ella no se inmutó.

—Bueno, no puedo ayudarte. Ya te dije lo que sabía. Terminé con Colin. No me importa mucho que se encuentre en Estados Unidos. Nuestra separación fue definitiva.

—Muy bien. Pensé que podrías tener una idea del lugar adonde me podía dirigir para encontrarle. He de dar con él. Quiero cobrar mis dos billetes.

Echó a andar hacia la puerta y se volvió con la mano en el tirador. Ella se había vuelto. Era una mujer muy hermosa. ¿Por qué Colin la había dejado escapar de su lado?

Le dio las buenas noches y salió fuera.

Salió de la casa y caminó hacia su automóvil, que había dejado estacionado unas yardas más arriba. Se metió dentro y esperó fumando un cigarrillo.

Transcurrió una hora. De pronto la vio salir. Caminó muy aprisa hacia abajo y se metió en un taxi.

El taxi corrió por la carretera que conducía a Hallandale, pero luego se desvió hacia la derecha, a la altura de Mangroven. Por aquella parte había chalets y estaban muy cerca de Golden Beach.

Runyon se vio obligado a conceder alguna delantera al taxi. Finalmente, éste se detuvo junto a una verja.

Entonces Runyon giró bruscamente al volante y pisó el pedal del freno, dejando su «Chevy» escondido entre las sombras.

Doris Ketcham saltó fuera y pagó al taxista. Luego se quedó en la acera mientras el coche se perdía a lo lejos. Se acercó a una puerta de hierro.

Tommy la vio desaparecer y entonces saltó del coche rápidamente y echó a andar. Se detuvo a tiempo de ver a Doris ante un porche que estaba débilmente iluminado.

Pulsó un timbre y al poco rato abrió un hombre en mangas de camisa.

Tommy, entre los barrotes, vio que el hombre hacía una mueca y pronunciaba algunas palabras que no pudo oír. Luego Doris entró en la casa y la puerta se cerró.

Encendió un cigarrillo y esperó unos minutos. Luego se acercó a

la puerta y la empujó, colándose dentro.

Echó a andar por un sendero de grava, pero no subió al porche, sino que dio la vuelta a la casa.

Descubrió una ventana iluminada y se aproximó lentamente, abriéndose paso entre un macizo de flores.

Se detuvo cerca de la ventana y asomó poco a poco la cabeza. Vio a Doris Ketcham de espaldas gesticulando mientras hablaba. El tipo que iba en mangas de camisa la estaba escuchando con los dientes apretados. Era fornido, muy alto, de cabello rubio cortado a cepillo y cutis bronceado.

De pronto estalló y Tommy pudo oír sus palabras a pesar de que la ventana estaba cerrada.

—¡Te dije que no debías venir aquí, nena!

Ella dijo algo, pero no oyó su respuesta.

El rubio se acercó a Doris y le estrelló el dorso de la mano en la cara.

Doris lanzó un grito, rebotó en un diván y se vino al suelo.

El rubio se la quedó mirando unos instantes y finalmente salió de la habitación.

Doris se levantó llorando.

De pronto Tommy sintió que algo muy duro se le clavaba en la espalda.

—¿Qué curioso seas, muchacho?

Trató de volverse, pero el otro aumentó la presión del cañón de la pistola en su columna vertebral.

—Levanta las alas, pollo. De prisa.

Tommy alzó los brazos.

El hombre que estaba a sus espaldas lo registró rápidamente y por la forma de hacerlo, Tommy se dio cuenta de que era un tipo ducho en el oficio. Lo despojó de su

«Smith & Wesson»

en un suspiro y luego dijo:

—Anda, ya que tienes tantas ganas de ver lo que ocurre dentro, vas a entrar en la vivienda. Pero cuidado con lo que haces.

Tommy no tenía intención de huir. Le interesaba mucho más entrar en aquella casa, aun cuando hubiese preferido hacerlo de otra forma.

Viró poco a poco y no pudo ver al otro porque también se movió

para estar siempre a sus espaldas.

Dieron la vuelta a la casa y subieron al porche.

—Aprieta el botón, pollo.

Tommy pulsó el timbre.

Abrió la puerta el rubio que estaba en mangas de camisa, el cual hizo una mueca de asombro.

—¿Qué pasa aquí?

—Encontré a éste mirando por la ventana.

El rubio contempló de pies a cabeza a Tommy.

—Sí, ¿eh? Anda, entra.

Tommy entró en la casa y su capturador separó la pistola de él por primera vez, pero fue detrás y con toda seguridad estaba listo para apretar el gatillo.

Pasaron al *living*. Doris ya había terminado de llorar y abrió unos ojos como platos cuando vio entrar a Runyon.

—Hola, nena —saludó él.

Se volvió hacia la derecha y entonces pudo ver al hombre que lo había sorprendido en el jardín. Era muy bajo, de cabello rojizo y ojos muy pequeños. Su cara era inexpresiva y por su forma de mirar, Tommy dedujo que sería capaz de arrojar una bomba atómica sobre un campamento infantil sin que por eso perdiese el apetito.

Se había hecho un silencio. El rubio se puso delante de Tommy mirándole fijamente a la cara.

—¿Qué quieres?

Tommy miró a Doris.

—Anda, díselo tú, nena.

—Ella ya contó la historia. Quiero otra, la auténtica.

:—No existe otra; Colin de Sarro me debe dos billetes de los grandes y quiero cobrarlos.

—Colin de Sarro no está aquí.

—Y yo no lo creo. Le tendí una trampa a Doris y ella picó. En seguida vino a avisar a Colin. ¿Por qué hemos de discutir? Lo único que yo quiero son los dos billetes y eso es algo muy justo. Colin me los debe. Ponme en contacto con él. Seguro que nos entendemos.

El tipo de la pistola habló.

—Le voy a convencer. Déjame que le parta la rótula, Booth.

Tommy giró hacia el pelirrojo mirándose la punta de los pies, y

en aquella posición le golpeó con el dorso de la mano en la muñeca armada.

El tipo lanzó un grito y abrió los dedos, dejando caer la pistola. Entonces Tommy remató su faena con un terrible puñetazo al pómulo. Era mucho más de lo que el pistolero podía soportar. Rodó por la alfombra dando vueltas y se estrelló contra la pata de una silla. Tommy fue a agacharse para coger la pistola, pero en esto oyó la voz del rubio:

—Ya está bien, valiente. Toca la culata y te frío.

CAPÍTULO VI

Tommy vio a Booth con un enorme pistolón en la mano. Preguntóse de dónde demonios lo habría sacado.

—¡Levántate!

Runyon se enderezó.

—¿Cómo te llamas?

—Runyon, Tommy Runyon.

—Está bien, Runyon. Éste es tu día de suerte. Voy a dejar que salgas de aquí, pero harás bien en viajar —señaló al joven que estaba desvanecido—. No perdona a nadie qué le haga una faena.

—Peor para él.

—Hablo en serio. No quiero jaleos. Sal por esa puerta y no vuelvas.

—He de ver a Colin.

—Eres un tipo testarudo.

—En cuanto eche una parrafada con Colin quedaremos a la par.

Hubo un silencio. Booth se pellizcó la barbilla.

—Dos mil dólares, ¿eh?

—Sí.

—Doris —llamó.

—¿Qué, Booth?

—Vete a mi dormitorio y trae dos mil dólares.

La joven titubeó unos instantes, pero finalmente desapareció por una puerta.

Tommy rió.

—De modo que vas a pagar por Colin, ¿eh, Booth?

—Soy su amigo, y si él te los debe, no hay razón para no dártelos. Ya se los cobraré a él.

—Os debéis llevar muy bien.

—Eso es algo que no te importa.

Doris regresó con un fajo de billetes, que alargó a Booth.

—¿Hay dos mil, nena? —preguntó.

—Sí, justo.

Booth dejó los dos mil dólares sobre la mesa que había cerca.

—Anda, tómalos, Runyon.

Tommy avanzó hacia la mesa, tomó el dinero y lo hizo desaparecer en su bolsillo.

El pelirrojo empezó a levantarse, sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Finalmente quedóse mirando fijamente a Tommy.

—¡Maldito seas! —exclamó—. Te voy a romper las narices.

Echó a andar hacia donde había quedado Tommy.

—Quieto, Peter —ordenó Booth.

El pelirrojo se volvió.

—¿Qué te pasa, Booth? ¿Es que te vas a poner de parte de él?

Booth hizo un gesto negativo.

—Runyon solamente vino aquí a cobrar una deuda. Ahora se disponía a marcharse.

—No lo consentiré —gritó Peter—. Es él ahora el que tiene una deuda conmigo y juro que se la voy a cobrar.

—No, Peter —repuso Booth con voz grave—. Se acabó la pelea. Será mejor que me obedezcas.

Peter clavó los dientes en el labio inferior mientras respiraba agitadamente.

Dio media vuelta y se dirigió hacia un rincón donde había un mueble-bar.

Booth sonrió a Tommy.

—¿No te dije que estabas en tu día de suerte?

—Sí, creo que sí.

—Te voy a dar un consejo. No vuelvas por aquí. Y será mucho mejor que salgas cuanto antes del Estado.

—Ahora que tengo dinero quisiera tomar un poco el sol de Florida.

—Ya lo has tomado bastante. Tienes un color muy sano, Runyon. No lo empeores.

—Mi pistola.

—¿La tiene Peter?

—Sí.

Peter estaba bebiendo un trago de *whisky* y gritó:

—¡No se la voy a dar!

Runyon sacudió la cabeza.

—No puedo andar por ahí desarmado.

Booth miró a Peter.

—Anda, dale la pistola. Y no discutas.

Peter empezó a rezongar algo por lo bajo, pero finalmente metió la mano en el bolsillo y sacó la pistola. Le quitó el cargador y se aseguró de que no quedaba ninguna bala en la recámara. Luego arrojó con fuerza el arma hacia Tommy, quien la cogió en el aire.

—Fui un buen bateador —explicó mientras la guardaba en el bolsillo trasero del pantalón.

—Ya lo sabes, Runyon —dijo Booth—. Lárgate y no vuelvas.

Tommy miró a Doris.

—¿Quieres que te acompañe a tu casa, nena? Seguro que me pillas de paso.

La mujer echó chispas por los ojos.

—¡Vete al infierno!

—Muy bien, no hay que ponerse así —sonrió Tommy y echó a andar hacia la puerta—. Saludos a Colin —añadió.

Salió al porche y echó a andar por el camino de grava. Cuando estuvo en el coche permaneció observando los dos mil dólares que Booth le había entregado.

Puso en marcha el motor y se dirigió rápidamente a la ciudad. Dejó el coche en la playa de estacionamiento que había cerca de La Herradura, el local de *Lloyd Mail*.

Un portero galardonado le dirigió una mirada sin interés cuando pasó adentro.

En el local había mucho público. Tommy cruzó el salón sin detenerse, llegando a la puerta tras la que se hallaba la dirección. Allí encontró a un barbián que hizo una mueca.

—¿Qué quiere? No se puede pasar.

—Dile a Lloyd que acaba de llegar el tío Runyon.

El otro vaciló un instante mientras le observaba y, finalmente, abrió la puerta y desapareció en la habitación. Volvió en seguida.

—Está bien, chico. Puedes pasar.

Lloyd estaba sentado tras una mesa de caoba que también podía haber servido como pista de despegue y aterrizaje de helicópteros.

—Hola, Tommy —saludó.

Runyon quedó inmóvil muy cerca del borde de la mesa.

—Bueno, Joe. Todo solucionado.

El gordo parpadeó unos instantes y se puso a reír.

—Estupendo, Tommy. Anda, escupe el dinero.

—No lo tengo.

Lloyd borró la sonrisa y arrugó el ceño.

—¿Qué clase broma en ésta, Runyon?

—Sé quién lo tiene, y con ello acaba mi trabajo. Voy a jugarle el pellejo por tratar de echarle mano a la bolsa de billetes.

—¿Quién?

—Colin de Sarro.

—¿Colin de Sarro?... ¡Maldito seas, Runyon!... Dime que se ha ido con el botín al Canadá y te juro que no sales de esta habitación por tu propio pie.

Lloyd pasó rápidamente la mano por el borde de la mesa y una puerta se abrió a la derecha.

Tommy miró en aquella dirección y vio a cinco hombres sentados en una pequeña salita. Dos de ellos tenían la pistola en la mano. Examinó sus caras y llegó a la conclusión de que era gentuza de la peor calaña.

Volvió la mirada al rostro abotargado de Joe.

—Colin de Sarro no está en Canadá.

Se produjo un largo silencio.

Tommy sintió sobre sí la mirada de los pandilleros que había en la otra habitación. A continuación contó a Lloyd todo lo que le había ocurrido desde que se enteró de que la esposa de Colin de Sarro se encontraba en Miami. Dio la dirección de la casa a la que la pelirroja le había conducido y también describió a Booth y a Peter, los dos individuos con quienes se había enfrentado.

Cuando hubo agotado su relato, Lloyd se echó hacia atrás en la silla.

—Así que tú crees que fue Colin de Sarro.

—¿Tienes alguna duda, Lloyd? ¿No es una prueba el que me diesen dos mil dólares sin dudar de mi palabra después que dije que Colin me los debía? Ese Booth pensó que le era mucho más conveniente liquidar la deuda de su jefe. Tendrás que darte mucha prisa, Lloyd. En cuanto informen a Colin de lo ocurrido, sabrá que

algo marcha mal. Yo nunca le presté dos mil dólares.

Tommy giró sobre sus talones y echó a andar hacia la puerta.

—Eh, espera, Runyon —dijo Lloyd.

El joven se detuvo en el centro de la habitación.

—¿Qué pasa ahora?

—Quiero que vengas con nosotros.

—No, Lloyd. No voy a ir.

Uno de los pistoleros se echó hacia delante, entrando en el despacho. El arma que esgrimía apuntaba a Runyon.

Lloyd permaneció un rato inmóvil y, finalmente, dijo:

—Está bien, Tommy. Voy a creerte. Después de todo, sabes que estás en la ratonera.

Runyon sacudió la cabeza y salió fuera.

Fue directamente a su casa y tomó un baño. Luego se puso fresco y sirvióse un *whisky*. Ahora se sintió mucho mejor. No tenía sueño y durante la hora siguiente continuó pintando el cuadro. A eso de las dos de la madrugada se acostó y durmió seis horas.

Desayunó a las ocho y media y alrededor de las nueve sonó el timbre de la puerta.

Al abrir, encontró en el umbral a Lloyd, pero con él no había nadie. El gordo miró el arma y sonrió.

—¿Puedo pasar, muchacho?

—Te dije que había terminado contigo, Lloyd.

—Yo no.

Hubo un silencio. Finalmente, Tommy hizo una señal a Lloyd para que entrase.

El gordo cerró y pegóse un papirotazo en el ala del sombrero echándoselo sobre la nuca.

—¿Qué juego te traes entre manos, Tommy?

—No te comprendo.

—Nos hiciste ir a una casa donde no había nadie. Hace más de dos meses que no se alquila.

Tommy cerró los ojos y cuando los abrió dio un suspiro.

—Debí figurarme que ocurriría algo parecido.

—Ni siquiera sé si decías la verdad. Mis chicos y yo debíamos estar buscando por ahí a Colin de Sarro, al tipo rubio y a ese Peter, pero decidí que podía ser una buena excusa tuya y que buscaríamos inútilmente a unos fantasmas.

—Te dije la verdad.

Lloyd sonrió.

—La verdad es algo muy relativo, Tommy. Tú ya lo sabes. Entre nosotros sólo valen las cosas que se pueden ver o tocar. Fuimos a aquella casa y estaba vacía. Tuvimos que descerrajar la puerta. Buscamos por todos los rincones y no dimos con nada que nos hiciese sospechar al menos la presencia de gente.

—¿Qué dijo el dueño?

—Lo que te dije antes, que su casa no se alquilaba desde hacía dos meses.

—Es una burda mentira.

Lloyd chasqueó la lengua.

—Eso no conduce a nada, Tommy.

—¿Y Doris Ketcham? Trabaja en La Copa de Oro. ¿No es un buen detalle? Vete a hablar con ella. La chica me pareció un poco floja. Cantará sin necesidad de hacerle ningún daño.

—Ya pensé en ello y mandé a un par de chicos a por ella. La traerán aquí.

—¿Por qué aquí?

—Quiero enfrentarte con la muchacha. ¿Puedo sentarme? — Lloyd no esperó a que Tommy accediese, sino que fue a un sillón y se dejó caer dando un fuerte resoplido. Luego señaló la pistola que Tommy conservaba en la mano—. Anda, guarda ese chisme. Me pone nervioso. Nunca fuiste un tipo que disparara a sangre fría y estoy seguro de que conservarás esa sana costumbre. Quisiera un *whisky*.

—Creí que no bebías en acto de servicio.

Lloyd rió.

—Siempre tan ocurrente, ¿eh, Tommy?

Runyon guardó la pistola en el bolsillo y preparó dos *whiskys*. Dio un vaso a Lloyd y éste bebió un trago haciendo chasquear la lengua contra el paladar.

—Es condenadamente bueno. Sólo lo bebo muy de tarde en tarde. El doctor dijo que debo tener cuidado. Es esta maldita grasa. ¿Sabes que he probado veintitrés procedimientos para adelgazar? Todos los que los recomiendan son unos charlatanes, unos vividores. Algunos de esos tipos se hacen ricos estafando a la gente. ¿Y qué les pasa, Tommy? Nada; absolutamente nada. Y, en cambio,

nosotros somos los enemigos de la sociedad. No elegimos bien, muchacho. Te lo digo yo.

En eso se puso a sonar el timbre del teléfono.

—Debe ser para mí —dijo Lloyd y alargó la mano cogiendo el auricular.

—¿Sí? Habla Lloyd... ¿Cómo?... Mala suerte... Está bien, investiga eso, aunque no creo que saquéis mucho... No, desde aquí me iré a dormir. No quiero que me despertéis por una tontería. Tenlo en cuenta, Joe, díselo a los demás. Sobre las doce estaré en casa. Entonces será el momento para que me informéis. Creo que vas a necesitar mucha suerte.

Luego colgó y se quedó mirando a Tommy.

—Malas noticias, Runyon.

—¿Qué pasa?

—La liquidaron.

—¿A Doris Ketcham?

—Sí.

—¿Cómo?

—La atropellaron con un coche a muy poca distancia de su casa. Murió en el acto. Oficialmente creen que fue un accidente casual. El conductor se dio a la fuga. No hubo testigos. Ocurrió esta mañana, hace apenas una hora.

Tommy bebió un trago de *whisky*.

—Bien; ¿qué dices a eso, Runyon?

—Nada. No digo nada, pero prueba que estoy en lo cierto. Ya sabes a quién perseguir.

—¿Sí?

—Colin de Sarro. Se largaron de la casa donde yo fui, pero quedaba Doris Ketcham. Ella cometió un error, el de cobrar miedo cuando establecí contacto con ella. Y ahora se lo han hecho pagar.

—Es posible.

—Sólo tienes que dar con Colin de Sarro, con ese Booth o Peter. Cualquiera de ellos te conducirá a tus doscientos cuarenta y seis mil dólares.

Hubo una larga pausa mientras Lloyd observaba atentamente a Runyon a través del humo.

—Eres un tipo muy listo, Tommy.

—¿A qué viene eso?

—No te creo una palabra.

—Me estás cansando, Lloyd, te juro que me estás cansando.

—Toda esa historia es inventada. Nunca fuiste a esa casa. Esos tipos, Booth y Peter, también son producto de tu imaginación.

—¿Y Doris Ketcham?

—Ése ha sido el punto fuerte de tu cuento. Sabías que ella trabajaba en Miami y fue lo que te proporcionó la oportunidad para imaginarte lo demás. Tú la has matado, Tommy.

—¡Estás loco!

—Te la cargaste para desviar las sospechas. ¿Quién no te hubiese creído? Es lo que tú te dijiste, que te sería muy fácil de engañar al bueno de Lloyd, pero no te ha servido de nada. Yo también soy muy listo, Tommy.

Runyon empezó a apretar los dientes. Sintió deseos de sacar de su casa al gordo a puñetazos, a patadas. Había vivido tranquilo durante los últimos años y ahora aquella paz había quedado arruinada porque un reptil como Lloyd se le había colado por la puerta. Sólo podía hacer una cosa: aplastarlo.

—Lárgate, Lloyd —murmuró con voz amenazadora.

Mail empezó a sonreír.

—La conversación telefónica que oíste estaba preparada. Antes de venir aquí yo sabía que ella había muerto y también sé otras cosas.

Se levantó y fue hacia la ventana. Alargó la mano y golpeó en el cristal con el solitario que rodeaba uno de sus dedos. Fueron tres golpes muy rápidos.

La puerta se abrió y Tommy oyó pasos. Fue a sacar el revólver, pero Lloyd ya mostraba el suyo en la mano, un revólver que en su gruesa mano parecía un juguete.

Joe y Bill penetraron en la estancia. Ellos también llevaban armas, pero Bill tenía algo más en la mano izquierda, un maletín sucio de tierra.

—Anda, Bill —dijo Lloyd—. Enséñaselo.

Bill se acercó a la mesita y después de dejar la pistola encima abrió el maletín, metió la mano en el interior y sacó un trozo de tela de color negro. La cogió por un extremo y de esa forma mostró dos agujeros en la parte superior. En los extremos había un cordón también de color negro. Era un antifaz.

Tommy tragó saliva señalando el maletín con la mano.

—¿De dónde has sacado eso?

—De tu jardín —repuso Lloyd—. Mis chicos descubrieron que la tierra había sido removida debajo del naranjo que hay a la derecha. Se pusieron a escarbar y hallaron el maletín. Hay otras cuatro máscaras dentro, justo las que emplearon los que asaltaron mi negocio. Son de nylon, muy prácticas.

—No sé cómo han podido llegar aquí.

Lloyd dejó oír su risita.

—Estás atrapado, Tommy. Debiera cortarte la piel a tiras aunque me devolvieses el dinero, pero quizá me anime a echar todo en el olvido.

—No tuve nada que ver en el asalto, pero ahora ya sé lo que pasa, Lloyd. Me han querido cargar con el mochuelo.

—No me digas.

—Saben que tú has estado merodeando por aquí y que yo ocupo el primer lugar en tu lista de sospechosos. Por eso me han querido comprometer. Son ellos quienes te la quieren pegar, Lloyd.

—Tonterías —Lloyd miró al cielo raso—. Ya acabó el plazo, Tommy. Te quedarían dos días si no hubieses sido tú, pero ahora todo está claro. Quiero la pasta, Tommy, y la quiero ahora mismo.

Runyon se apretó las sienes con la mano derecha.

Aquello era como una pesadilla. ¿Dónde había oído que no se podían cortar las amarras que a uno le unían con el pasado? Había iniciado una nueva vida y estaba satisfecho de su decisión, y ahora de pronto, todo su mundo se desmoronaba.

Oyó la voz de Lloyd.

—¿Qué contestas, Tommy?

—Ya conoces mi respuesta.

—Va a ser mucho peor para ti, mucho peor. —Lloyd miró a sus chicos—. Vais a registrar la casa pulgada a pulgada. Tomaros todo el tiempo que necesitéis. ¿Quién hay ahí fuera?

—Stephen y Al —contestó Jim.

—Dile a Al que entre. Quiero que vigile a nuestro muchacho.

Jim salió fuera y a poco regresó en compañía de un tipo delgado, de regular estatura y cara de esquizofrénico.

Lloyd señaló a Runyon.

—Ése es tu hombre, Al. Regístrale y quítale la pistola. Si intenta

huir le vacías un cargador en el cuerpo.

Al sacó de debajo de la axila una pistola y se acercó por detrás a Runyon, a quien desarmó. Luego, Bill y Joe se encaminaron al dormitorio de Runyon.

Lloyd se dejó caer en el sillón dando un suspiro.

Al se puso a morderse las uñas mientras observaba fijamente a Tommy, el cual continuaba de pie junto a la ventana con el vaso en la mano. De vez en cuando llegaban los ruidos procedentes del dormitorio. Bill y Joe estaban rasgando los colchones y no dejaban un mueble sano.

Al cabo de un rato los dos fulanos regresaron al *living* y Joe meneó la cabeza en sentido negativo.

—Nada, jefe.

—Continuad.

Fueron a la cocina y el tiempo se fue desgranando.

—Eh, jefe. Aquí hay algo —gritó Bill.

Lloyd se puso en pie e hizo una señal a Tommy para que le precediese.

Entraron todos en la cocina, pero el último en hacerlo fue Lloyd porque quería que Al no se apartase de Runyon.

Bill señalaba un fajo de billetes que había sobre una mesa de plástico.

Joe estaba junto a la nevera, la cual estaba abierta.

Lloyd alargó la mano y tomó el fajo de billetes que estaba sujeto con una goma. Los contó y luego dijo:

—Aquí hay diez mil dólares —miró a Runyon—. Tienes unos lugares muy bonitos para guardar el dinero. ¿Desde cuándo una nevera es una caja fuerte?

—No sabía que estaban aquí —contestó Tommy.

—Claro, tú no sabías nada. El maletín con los antifaces te lo pusieron debajo del naranjo y luego alguien entró en la casa y te hizo un regalo. Sí, señor, un regalo de diez mil dólares y también fuiste a una casa y te regalaron dos billetes de los grandes sólo porque dijiste que alguien te los debía. —Lloyd rió, pero lo hizo enseñando los dientes como un perro de presa—. Ya basta, Tommy. Tenemos doce mil dólares y esto reduce el botín a doscientos treinta y cuatro mil dólares. ¡Suéltalos!

Runyon pensó que Lloyd tenía razón. Lo habían cogido en la

ratonera. No tenía escape.

CAPÍTULO VII

Observó los rostros de los hombres que le miraban. Ninguno de ellos sonreía. Vio sus ojos y leyó en ellos el deseo de matar.

—Muy bien, Lloyd. Tú ganas —dijo, porque no podía decir otra cosa.

Lloyd sacudió la cabeza.

—¿Dónde están, Tommy?

—Fuera, en el jardín.

—Te has hecho ahora enterrador, ¿eh?

—Sí, algo de eso.

—Bueno, ¿dónde los tienes?

—En una valija.

—¿También debajo del naranjo?

—No, junto a un macizo de flores.

—Vamos allá —Lloyd señaló la puerta trasera que estaba cerrada con un pestillo—. Tú, delante, Tommy.

Runyon se acercó a la puerta y descorrió el pestillo. Lo hizo con mucha naturalidad para confiarlos. Mantuvo abierta la puerta mientras salía y de pronto saltó fuera y cerró con fuerza. Tenía dos segundos, o quizá fuesen tres. Pensó que no harían fuego porque alarmarían al vecindario, pero se equivocó.

Al debía ser un muchacho rápido. Apretó el gatillo y la bala atravesó la puerta, pero él ya estaba corriendo hacia la parte principal del jardín.

Dobló la esquina y casi se dio de bruces con Stephen, el cual llevaba la pistola en la mano, pero la había alzado demasiado y justo cuando apuntó a Tommy, éste le soltó un trallazo en el mentón. Stephen cayó dando vueltas por el jardín, pero ocurrió algo muy malo para Tommy, se llevó la pistola consigo.

Runyon vaciló unos instantes en quitarle el arma porque pensó que la necesitaría mucho, pero oyó las carreras de los hombres que habían salido ya de la cocina.

Imprimió velocidad a sus piernas y saltó por la verja del jardín a la casa vecina. Luego corrió hacia el patio pisoteando un campo de cebollas.

—¡Ahí va! —Oyó que gritaba Stephen—. ¡Hacia atrás!

Tommy saltó otra verja y llegó a un sendero. No podía salir a la carretera. Allí le cobrarían ventaja con su automóvil.

El sendero trazaba una curva un poco más allá y corrió desesperadamente.

De pronto vio un coche descapotable. Una joven hizo un saludo con la mano hacia una casa y penetró en el vehículo por la parte del volante.

Tommy corrió hacia el descapotable y se metió dentro.

—¡Por favor, arranque!

La joven le miró sorprendida. Era muy bella y debía tener veintidós o veintitrés años. Su cabello era rubio y sus ojos grandes y verdosos.

—Oiga, ¿qué le pasa?

—Tengo a mi mujer enferma... Por favor, está a punto de... Ya me entiende... Necesito un doctor. ¿Quiere darse prisa?

—Ahora mismo.

La joven puso en marcha el motor y el coche arrancó, adquiriendo velocidad.

Tommy volvió la cabeza.

Justamente por la curva vio aparecer a Al y Joe. Los dos tenían la mano en el bolsillo, escondiendo el arma, y vacilaron unos instantes. Cambiaron unas palabras y de pronto retrocedieron.

Tommy cerró los ojos apoyando la cabeza en el respaldo.

Oyó preguntar a la joven:

—¿Es el primero?

—Sí —dijo, casi instintivamente.

—No se preocupe. Todo irá bien.

—Así lo espero.

Miró por el parabrisas y vio una bifurcación del camino. Por la derecha se llegaba a la carretera donde Lloyd y sus matones debían tener el automóvil. El de la izquierda conducía a un camino vecinal.

Se dio cuenta de que la joven iba a tirar hacia la derecha.

—No, por favor, al otro lado.

—¿Cómo?

—Es un atajo que conduce a Miami.

—Perdone, no soy de aquí.

La joven giró el volante hacia la izquierda. Era una buena conductora.

Poco después salieron al camino vecinal.

Tommy observó por el espejo retrovisor. No se veía ni rastro de los hombres de Lloyd *Mail* y pensó que le estarían esperando en la carretera, pero, naturalmente, cuando transcurriesen un par de minutos supondrían que habría ido por otra parte.

Calculó que contaría con una ventaja de cinco minutos. Todo consistiría en no perderlos.

La chica habló de nuevo.

—Mi nombre es Lizabeth Marsh.

—Encantado. Tommy Runyon.

—Vine a visitar a unos amigos. Quizá los conozca. Los Cronin.

—Hago... Quiero decir que mi mujer y yo hacemos una vida retirada.

La joven le miró un instante y guardó silencio.

Tommy tuvo tiempo para examinarla más detenidamente. Era muy hermosa. Podía ver su perfil, su frente abombada, la nariz recta y los labios gruesos muy rojos y luego también vio la curva de su seno erguido, juvenil. Ella se dio cuenta de que la estaba observando y sus mejillas se colorearon.

Tommy apartó rápidamente los ojos.

—¿De dónde es, señorita Marsh? —preguntó.

—De Baltimore. Sólo vine a pasar unos días.

—¿Se aloja con los Cronin?

—Oh, no. En Miami. Hotel Renford. Aprovecho mis vacaciones.

—¿Dónde trabaja?

De pronto se dio cuenta de que sus preguntas eran muy secas, casi inquisitivas, pero quizá ella no se había dado cuenta.

—En una librería. Tengo a mi cargo las obras psicológicas.

—Oh, eso debe ser entretenido.

—Mucho, —la joven se humedeció el labio inferior con la lengua —. ¿Dónde vive el doctor?

—Oh, el doctor, sí. Realmente no es en Miami sino en Homestead, a unas doce millas de aquí. Si va a Miami le viene de paso.

—Le llevaré, señor Runyon. Justamente regresaba al hotel.

—Gracias.

Hubo un nuevo silencio.

En aquel instante, Tommy vio en el espejo retrovisor un coche. Era negro, muy brillante, y levantaba una polvareda a su paso. El que iba al volante sacaba el máximo partido a su motor.

También había perdido este juego. No tardarían en darles caza. Carraspeó suavemente.

—¿No puede ir más aprisa, señorita Marsh?

Ella le miró un instante.

—Desde luego —dijo.

La aguja ascendió rápidamente a los noventa.

Tommy sabía que aquella velocidad era temeraria. El camino era muy malo.

Tomaron una curva sobre dos ruedas y el chasis crujió.

Cuando volvieron a marchar sobre cuatro ruedas, él dijo:

—Siento ocasionarle molestias, señorita Marsh.

—No se preocupe. Lo importante es su mujer, ¿verdad?

—Sí, creo que sí —contestó Runyon, sin dejar de observar el espejo retrovisor.

Poco después vio aparecer por la curva el vehículo que los seguía. Ahora era más grande porque estaba más cerca.

—¿Mucho tiempo casado? —preguntó la joven.

—Muy pronto hará un año —respondió maquinalmente.

—Con la prisa se le olvidó el anillo.

—¿Eh? —Tommy se miró la mano como si esperase ver el anillo de desposado a que ella se refería—. Soy muy olvidadizo.

—¿Qué es lo suyo?

—Pintor.

Tommy aprovechó la nueva pausa para observar el coche. Estaba a menos de doscientas yardas. No podía seguir huyendo. Aquellos canallas se lo harían pagar también a ella. Era como Lloyd *Mail* hacía las cosas. Lizabeth Marsh le acababa de hacer un favor. No podía corresponderle enviándola a la muerte. Esperó a salir de otra curva.

—¡Deténgase! —exclamó.

La joven le miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo dice?

—¡He dicho que pare! ¡Apriete el pedal del freno!... ¡Inmediatamente!

La joven detuvo el vehículo y él saltó fuera con rapidez.

—¡Vamos, siga! —ordenó Runyon señalándole el camino.

—Pero... ¿Qué le pasa?

—¡Márchese!

—¿He dicho algo que le haya ofendido?

—No... No ha dicho nada, señorita Marsh... ¿Qué está esperando?... ¡Aléjese de aquí a toda velocidad!

Pero ya era demasiado tarde. El coche negro salió de la curva y avanzó sobre ellos. De pronto el que conducía hizo girar el volante para evitar la colisión.

El coche negro pasó rozando uno de los guardabarros del descapotable de la joven y siguió su carrera desenfrenada volviendo al camino entre sonoros chirridos de neumáticos.

Tommy tuvo tiempo para ver que dentro del coche sólo viajaba e] hombre del volante, el cual asomó la cabeza y soltó una imprecación que el rugido del motor impidió oír.

Tommy sintió que las piernas le flojeaban. El coche negro no era el de Lloyd Mail. Cerró los ojos y se dio cuenta de que todo su cuerpo transpiraba.

—¿Qué le pasa, señor Runyon?

Abrió los párpados. Ella lo estaba observando.

—¿Quiere marcharse de una vez? —dijo Tommy, con voz desabrida.

—Pero ¿es que no lo recuerda?... Su mujer...

Tommy vaciló un instante sin apartar la mirada del rostro femenino. No supo por qué lo hacía, pero se acercó al coche y abrió la portezuela metiéndose otra vez dentro junto a Lizabeth.

Ella puso en marcha el motor y el descapotable reanudó la marcha.

Fueron ganando velocidad.

Tommy se pasó una mano por la cara. Luego sacó el paquete de cigarrillos.

—¿Quiere fumar? —dijo.

—No, gracias.

Encendió un cigarrillo.

De pronto la oyó otra vez:

—Usted no va a ser padre, señor Runyon.

Tommy la miró extrañándose de no sentir ningún sobresalto.

—No necesita ningún doctor, señor Runyon —repitió ella mirando siempre el parabrisas.

—Usted es muy lista.

—¿No lo recuerda? Le dije que vendía obras psicológicas.

—Y sabe mucho de la vida, ¿eh?

—Bastante.

—¿Y qué le parece que estoy haciendo?

—Huye de alguien.

—Sí, de mi sastre.

La joven sonrió suavemente.

—No es la clase de hombre que acostumbra a huir de un acreedor.

—¿Otra vez la psicología?

—Usted está en peligro, señor Runyon, y yo añadiría que el peligro es mortal.

—Magnífico, señorita Marsh. Pero dígame una cosa. Si ha llegado a todas esas conclusiones, ¿por qué me ha invitado a subir de nuevo al coche?

Hubo una pausa larga y, finalmente, la joven contestó:

—No lo sé.

—Vaya, al fin confiesa ignorar una cosa.

—No se ría de mí.

—No me río, pero ahora va a parar.

—No nos sigue nadie —anunció ella, mirando el espejo retrovisor.

—Pero puede ocurrir de un momento a otro y, para ese entonces, usted debe estar muy lejos de mí.

Sobrevino otro silencio. La joven no bajó la velocidad del coche.

—¿Se atreve a seguir llevándome como viajero? —preguntó él.

—Sí.

—Puede perseguirme la policía por haber matado a alguien, quizá sea un asesino.

Ella movió la cabeza en sentido negativo.

—No. Estoy segura de que usted no ha matado a nadie. Ni tampoco creo que es la policía a quien teme usted. No hemos oído ninguna sirena.

—Usted es algo serio, señorita Marsh.

El camino desembocó en una carretera asfaltada.

Tommy miró hacia atrás y vio a cosa de dos millas, sobre una colina, una nube de polvo. Ahora sí que debían de ser ellos, aunque estaban a más de tres minutos.

—Bien, señorita Marsh. Aquí termina todo —Tommy señaló un terraplén del ferrocarril que había a la izquierda—. Lléveme allá.

—¿Qué va a hacer?

A lo lejos se oyó el pitido de una locomotora.

—Tomaré ese tren.

—¿Por qué, señor Runyon?

Tommy dio una chupada al cigarrillo y lo arrojó fuera del coche.

—Es muy largo de contar, señorita Marsh, y quizá ese tren sea mi única oportunidad.

—Ahora la pista es buena. Puedo sacarle al coche las setenta millas. Llegaremos a Miami antes de que nos den alcance.

—Sí, es posible.

—Y en Miami puede presentarse usted a la policía.

—Sí, puedo, pero no serviría.

Ya habían llegado al terraplén, pero ella no se iba a detener.

—¿Qué hace? —dijo él—. Pare.

—Venga conmigo, señor Runyon.

—Le quedo muy agradecido por todo lo que ha hecho, pero ha llegado el momento de la separación. Si no aplica el pie al pedal del freno, me temo que tendré que obligarla.

La joven detuvo el coche y se quedó muy seria con las manos en el volante. Runyon observó un rato el perfil de su rostro.

—Adiós, señorita Marsh.

Saltó fuera.

—Vamos, rápido. Eche a correr hacia Miami.

Ella sacudió la cabeza sin decir nada, puso en marcha el descapotable y éste se alejó rápidamente.

Tommy dio un suspiro y miró hacia el camino. No; todavía no se veía el coche de Lloyd Mail.

El tren se acercó dando dos pitidos. Era un mercancías.

Tommy cruzó el terraplén. Pensó que por la otra parte sería más fácil llegar a uno de los vagones y de paso no sería visto por los hombres de *Lloyd Mail* en caso de que apareciesen súbitamente. El propio tren lo impediría.

No se dio cuenta de que el convoy marchaba a mucha velocidad hasta que lo tuvo encima. Dejó pasar la máquina por la curva y entonces se acercó echando a correr para subir.

Infiernos, el caballo de hierro debía marchar a una velocidad de más de cuarenta millas por hora. Mantuvo el ritmo de la carrera paralelamente a los vagones y dio un salto aferrándose a la anilla de una de las puertas, pero calculó mal su salto y su rodilla golpeó contra la madera sintiendo un fuerte dolor en la rótula. Su cuerpo se dobló mientras quedaba suspendido en el vacío. Supo que había fallado y que le sería imposible abrir la portezuela, porque no tenía ningún punto de apoyo. Debía arrojararse ahora o luego sería demasiado tarde porque el convoy aumentaría su velocidad cuando saliese de la curva.

CAPÍTULO VIII

Se dejó caer y rebotó en el suelo.

Por fortuna en aquella parte había mucha hierba. A pesar de ello se produjo varias erosiones, pero terminó de dar vueltas y quedó de bruces.

Permaneció inmóvil un rato respirando entre jadeos, oyendo el paso del convoy y, finalmente, aquel ruido se fue perdiendo en la distancia. Empezó a moverse y alzó la cabeza justo en el momento en que un coche pasaba a toda velocidad. Pudo ver a Joe al volante. Junto a él estaba otro hombre y Lloyd *Mail* iba detrás.

Bueno, lo importante era que no le habían visto.

Quedóse sentado y encendió otro cigarrillo. Así dejó pasar quince minutos vigilando la carretera por si ellos volvían. Finalmente se puso en pie sacudiéndose los pantalones.

De pronto una voz dijo:

—Hola.

Se volvió rápidamente y la vio allí. Ahora pudo observar bien su figura. Era esbelta y su cuerpo estaba bien formado porque poseía unas piernas largas, unas caderas anchas, la cintura estrecha y el pecho erguido. Su rostro seguía siendo muy bello.

—¿Por qué ha vuelto, señorita Marsh?

Ella le miró sin decir nada.

—Saqué el coche fuera de la carretera y lo dejé en un lugar donde ellos no lo podían ver —hizo una pausa mojándose el labio inferior con la lengua—. Le vi a usted fallar cuando intentó subir al vagón.

—¿Se entremete siempre en la vida de los demás?

Ella se miró la punta de los zapatos.

—No, creo que no.

—Yo no debo ser una excepción, señorita Marsh, se lo digo por su bien.

—Pero usted está solo.

Tommy no dijo nada. Sí, estaba muy solo y ellos eran muchos.

—¿Quiere arruinar sus vacaciones, señorita Marsh?

—Le llevaré a donde usted me indique y luego nos despediremos.

—No tengo a dónde ir. Ellos siempre me darán alcance.

—Pero tendrá algún pariente.

—Ninguno.

—Algún amigo.

Instantáneamente, Tommy se acordó de Jimmy Bodin, quien le había ofrecido su cabaña en el interior de los Everglades. Eso era una solución, pero ¿hasta qué punto? Lloyd también conocía la existencia de Jim y, tarde o temprano, enviaría a sus hombres para preguntar al viejo cazador de alligators. No; no era el camino apropiado. Sólo tenía una salida. Dar con Colin de Sarro y obligarle a escupir el montón de dólares que había robado en La Herradura. Le devolvería su dinero a Lloyd *Mail* y luego ajustaría cuentas con el gordo. Ésa era la única solución para que él volviese otra vez a su vida pacífica, a sus cuadros.

Observó a Lizabeth, que le miraba en silencio, esperando su decisión.

Pero ¿cómo iba a hallar a Colin de Sarro si al propio tiempo él era perseguido por Lloyd *Mail*? Ahora no podía llegar a ningún arreglo con el gordo. Lloyd estaba completamente convencido de que él era el salteador. Un bonito panorama, pero debía intentarlo.

—Bien, señorita Marsh. Voy a aceptar su proposición. Me llevará a Miami, pero no podrá seguir por esa carretera. Tendrá que desviarse hacia la playa.

—Ellos le descubrirán muy pronto. Vine por la autopista esta mañana cuando fui a visitar a los Cronin. El terreno es llano como la palma de la mano.

—Precisamente, por ello elijo esa ruta. Lloyd habrá pensado también que no puedo seguir ese camino. Cuando se den cuenta de cuál ha sido mi verdadera intención, ya será demasiado tarde para ellos. Nos darán tiempo para llegar a Miami.

Ella enarcó las cejas y preguntó sonriente:

—¿Estudió usted también ciencias psicológicas, señor Runyon?

—Mi única maestra ha sido la vida —se acercó a ella y la tomó del brazo—. Ande, vamos, dese prisa. No podemos perder más tiempo.

Lizabeth sacudió la cabeza en sentido afirmativo y ambos se dirigieron hacia el coche.

El terreno era muy abrupto y ella se torció un tobillo y estuvo a punto de caer.

El la sujetó por la cintura y la atrajo hacia sí para evitar que cayese. Por unos segundos Tommy la tuvo entre sus brazos y sus miradas se encontraron.

El sintió la suave tibieza que emanaba del hermoso cuerpo femenino.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó.

—No, gracias a usted —sonrió ella.

El la cogió fuertemente del brazo y siguieron andando.

El coche estaba entre unos grandes arbustos. Subieron y volvieron a la carretera.

Cien yardas más allá había otro camino, el cual siguieron y poco después corrían por la pista de la playa. A la derecha, el mar rompía sus olas.

—¿Por qué no me lo cuenta, señor Runyon? —sugirió ella.

El la miró haciendo una mueca.

—A veces es preferible ignorar muchas cosas y esto reza para usted, señorita Marsh.

—Trato de ayudarle. Si usted me relata su historia, podrá poner en orden sus ideas y quizá encuentre una solución que hasta ahora no ha visto.

Tommy empezó a mover la cabeza sonriendo.

—Ande, inténtelo.

—Está bien.

Runyon siguió el consejo de Lizabeth al pie de la letra. Lo contó todo. Qué clase de hombre había sido él, la relación que lo había unido a Lloyd Mail, el castigo que se le impuso de permanecer encerrado en una prisión cuando le sorprendieron con un contrabando, su rehabilitación en la cárcel cuando conoció a aquel hombre, Harold Armstrong, quien lo puso en el camino de la ley y luego todo lo demás. No dejó nada, fue un desahogo para él.

Cuando hubo terminado se sintió más tranquilo.

Ella no lo interrumpió una sola vez y ahora seguía guardando silencio.

—¿Decepcionada?

—No.

—¿Por qué ha de negarlo? Ya ve que ha perdido su tiempo.

—Todo lo contrario. Me alegra haberle servido de algo.

Un cartel en la carretera les anunció que estaban a seis millas de Miami.

—¿Por qué no acude a la policía? —sugirió ella.

—No puedo decirles que me encierren en una celda porque es la única forma en que podría vivir. No admiten voluntarios en la cárcel.

—Usted cree que ellos terminarán por cazarlo.

—Eso está fuera de toda duda. Mi única salida consiste en dar con el dinero.

—¿Tiene alguna pista que lo conduzca a Colin de Sarro?

—No. Esos tipos han desaparecido.

—Entonces los buscaremos.

—¿Los buscaremos? Oh, no, Liz. Usted se va a estar quietecita.

—Deje que colabore con usted.

El sonrió, cruzando los brazos, mirándola.

—Parece que le tiene muy poco apego a la vida, Liz. No está protagonizando una de esas películas de Hollywood en que la chica sale airosa de todas las pruebas.

—¿Por qué no ha de ocurrir lo mismo?

—Oh, no. Ésos son tipos de carne y hueso, auténticas fieras, Liz, gentes sin escrúpulos que no vacilan en apretar el gatillo o en martirizar a una persona si con ello logran el fin que se proponen.

—Tommy hizo una pausa—. En cuanto lleguemos a Miami, usted y yo no volveremos a vernos.

Poco después llegaron a Miami.

—Déjeme en la avenida Franklin —dijo Tommy—, junto a Coconut Grove.

—¿A quién va a ver?

Tommy dio un suspiro.

—A una mujer.

—Perdone.

—No es lo que usted cree. Se trata simplemente de alguien que puede informarme, una chica que vende cigarrillos. Le describiré a Booth y a Peter, quizá ella los haya visto. Es una buena fisonomista. No puedo hacer otra cosa.

Corrían por Old Cutter. La joven dobló hacia el bulevar Ponce de León, pero luego giró por la Avenida Poncianay, finalmente, desembocó en la Avenida de Franklin, deteniéndose en la esquina de la calle Hibiscus, al costado izquierdo de Coconut Grove.

Tommy tendió la mano a la joven y ella le ofreció la suya. Runyon sintió que su piel era suave y tersa. La miró durante unos segundos a los ojos.

—Es usted una gran chica, Liz.

Ella no dijo nada. Finalmente él le dejó la mano libre y saltó del coche diciendo:

—Le deseo buena suerte.

No quiso mirarla más y echó a andar por la acera.

Preguntó en el club nocturno por Suzy Randolph y le dieron la dirección de un hotel muy cerca de allí, en la calle Virginia. Dio las gracias y continuó su camino.

Poco después entraba en el hotel donde se hospedaba Suzy. Pasó ante el registro y subió en el ascensor a la tercera planta. Luego pulsó el timbre de la habitación doscientos veinticuatro.

Le abrió la propia Suzy, la cual se quedó con la boca abierta.

—Caramba, si es Tommy Runyon.

—¿Cómo estás, nena?

—De primera, chico. Anda, pasa.

Suzy se cubría con unos «*shorts*» y una blusa, cuyos picos anudaba al estómago. Poseía unas piernas bonitas y a ellas debía su empleo, aunque lo demás también estaba de acuerdo con los remos. Quizá su cara resultase demasiado picaresca y es posible que también la propia Suzy acentuase tal característica con su forma de mirar.

—¿Un *whisky*? —preguntó la joven cuando se encontraron en el *living*.

—Me vendrá bien —dijo él tomando asiento en un sillón.

Ella preparó los vasos. Bebieron en silencio y luego encendieron sendos cigarrillos.

—Está bien, Tommy. ¿De qué se trata?

—Quizá hayas visto a un par de hombres que me interesan.

Tommy hizo la descripción de Booth y del pelirrojo Peter. La joven le escuchó atentamente y se mordió el labio inferior mientras hacía esfuerzos por recordar.

—Creo que al pelirrojo lo he visto —dijo al fin.

—¿Dónde?

—En el local donde trabajo, un par de veces. Es un pequeñajo que le gusta mucho el «cha-cha-chá». Es todo un espectáculo cuando baila. No puede ser otro. Quiso hacer plan conmigo hace un par de noches y hube de espantarlo.

—¿No sabes dónde lo puedo ver?

—El habló de llevarme a un piso.

—¿Te dijo dónde?

—Creo que sí, pero será muy difícil que lo recuerde. Ya sabes, yo no quería ir con él.

—Anda, haz un esfuerzo.

La joven se puso a pasear.

—Dijo algo de Buena Vista.

—¿Avenida Miami?

—No.

—¿Bulevar Biscayne?

—No, tampoco —la joven siguió paseando—. Ahora recuerdo que dijo que nos podríamos bañar de noche en el lago Sabal.

—Eso está al lado de Monigside Park. Allí están las calles Cincuenta y cinco, Cincuenta y dos y Cincuenta y cuatro.

—¡Cincuenta y cinco!

—¿Seguro, Suzy?

—Sí. Dijo calle Cincuenta y cinco, pero, desde luego no mencionó el número.

Tommy se levantó y dejó el vaso sobre la mesa.

—Gracias, pequeña. Creo que será suficiente.

Suzy acudió a su lado y le miró de la forma que ella miraba.

—¿No quieres nada más, Tommy?

El le dio una palmada en la mejilla.

—Sólo esto. Tengo mucho que hacer.

—Déjate ver de vez en cuando, Tommy. Eres muy simpático.

El le cogió una mano, se la apretó y echó a andar hacia la puerta. Poco después salía del hotel.

Frunció los ojos al descubrir a Lizabeth Marsh dentro de su coche, junto a la acera.

Se acercó a ella lentamente.

—Usted es muy terca —comentó deteniéndose junto a la portezuela del descapotable.

—¿Le llevo?

—Qué remedio me queda —dijo él y dio la vuelta por la parte del motor sentándose a su lado.

—¿A dónde vamos? —preguntó Lizabeth.

El se lo dijo y el coche echó a rodar.

—Estuve pensando —dijo de pronto ella.

—¿En qué?

—En que hay algo absurdo en su historia.

—¿Dónde está lo absurdo?

—Usted cree que Colin de Sarro ordenó la muerte de su ex mujer.

—Sí.

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque entonces usted también estaría muerto.

—¿Cómo?

—¿Por qué habrían de matarla a ella después que a usted le pagaron dos mil dólares y le dejaron libre?

Tommy arrugó el ceño.

—Confieso que no he caído en el detalle. —Runyon sacudió la cabeza—. Eso complica mucho más las cosas. Usted quiere decir que a ella no la pudo matar Colin.

—Exactamente.

—En tal caso, ya no comprendo una palabra de lo ocurrido, aunque cabe una explicación.

—¿Cuál?

—Tenga en cuenta que yo me enfrenté con Booth, no con Colin. Yo veo así las cosas. Booth tomó la determinación de pagarme a mí los dos mil dólares. Luego Colin le informó de que no me debía nada, culpó a su ex mujer de todo y ordenó su muerte.

—En tal caso he de hacer una objeción.

—Hágala.

—Si Colin hubiese ordenado la muerte de su ex mujer debieron

matarlo antes a usted. Ellos debían suponer que al morir Doris, usted, instintivamente, pensaría que ellos la habían liquidado. No podían exponerse a que usted fuese con el cuento a la policía o que, en última instancia, se atreviese a chantajearlos.

Tommy observó a la muchacha atentamente.

—Cabe otra posibilidad, detective.

—¿Sí?

—La de que realmente haya sido un accidente.

—Demasiado casual.

—Bien, pero debemos admitirlo hasta que no encontremos una prueba que demuestre lo contrario.

Ella le dirigió una mirada sonriendo.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por aceptarme como colaboradora.

El hizo una mueca.

—Se cree de esas chicas que lo logran todo, ¿eh?

—No haga ese gesto de lobo feroz. ¿Dijo la calle Cincuenta y cinco?

Tommy se cercioró de que habían llegado a su destino.

—¿Dónde quiere que pare? —preguntó la joven.

—Aquí mismo. No conozco el número. Tendré que preguntar en cualquier establecimiento. Creo que servirá ese almacén.

Lizabeth detuvo el coche ante la tienda y Tommy descendió diciendo:

—Espéreme aquí y no se mueva. Y esta vez obedezca.

Ella le sonrió sacudiendo la cabeza en sentido afirmativo.

Tommy entró en el almacén, dirigiéndose a un hombre que había tras el mostrador.

—Quiero una botella de cerveza, dos latas de «rosbiff» y otra de guisantes.

El hombre lo sirvió y entonces Tommy hizo una mueca como si pretendiese recordar algo.

—Ahora se me ha olvidado lo que él me dijo y tendré que volver.

—¿Alguna otra conserva? —preguntó el otro.

—Es posible, pero no lo recuerdo exactamente. —Tommy hizo chasquear los dedos—. Quizá usted me pueda ayudar. El debe venir

aquí con frecuencia. Es mi amigo Peter, un pelirrojo bajito.

—Oh, sí, un hombre de unos treinta y cinco años con un lunar en el cuello, junto a la oreja.

Tommy recordó que, efectivamente, Peter tenía un lunar. El comerciante explicó:

—Se lleva mermelada, la de melocotón le gusta mucho. Siempre que pasa por aquí compra un par de latas.

—Añada entonces dos al pedido.

El dependiente fue hacia el lugar donde estaban las latas de mermelada y cogió dos, que introdujo en la bolsa de papel.

Tommy pagó el importe y dio las gracias. Se dirigió hacia la puerta. De pronto se detuvo.

—Oiga, ahora no recuerdo el número que él me dijo...

—Vive tres casas más arriba. Un par de veces lo vi entrar. Es el ciento ochenta y dos.

—Gracias, amigo.

—No hay de qué darlas.

Tommy, cargado con su paquete, salió de la tienda y volvió la cabeza hacia Lizabeth Marsh. Le guiñó un ojo y siguió adelante.

El ciento ochenta y dos de la calle era un edificio de construcción moderna.

Entró en la casa y a la derecha vio una habitación donde estaba el encargado leyendo un periódico.

—Buenos días —saludó.

—Mi amigo Peter me espera —dijo Tommy—. ¿Qué habitación es?

—¿Peter qué más?

—¿Quién va a ser? —rió—. El pelirrojo.

El encargado arrugó el entrecejo.

—Apartamento tres B. Segunda planta.

Tommy se metió en el ascensor y pulsó el botón correspondiente. Poco después se detenía ante la puerta tres B.

Apretó el pulsador y esperó.

Oyó unos pasos y de pronto la puerta se abrió.

Vio por el resquicio al pelirrojo, el cual al descubrirle a él, empezó a meterse la mano en el bolsillo. Pero Tommy le arrojó el cartucho de sus compras contra el brazo y a renglón seguido le conectó un zurdazo en el mentón.

Sonó un chasquido y Peter rodó por el suelo desapareciendo de su vista.

Empujó con el hombro la puerta. Peter había quedado cerca afortunadamente, pero ya estaba sacando el revólver.

Tommy se agachó sobre él y aferrándole por la muñeca lo hizo girar violentamente.

Cuando Peter soltaba el arma, Tommy la cogió y se puso en pie a tiempo de ver a Colin de Sarro que saltaba de un sillón.

—¡Quieto, chico! —dijo Tommy enderezándose, y, seguidamente, se aplastó hacia la pared para estar lejos del alcance de Peter.

CAPÍTULO IX

Era un *living* espacioso, pero allí no había nadie más que Colin y Peter.

—¿Y los demás? —preguntó Tommy.

—No sé de qué me hablas —contestó Colin haciendo una mueca de ira.

De Sarro tendría unos cuarenta años y era alto, fornido, de cabello del color de la arena mojada y cara llena de protuberancias.

Peter se levantó lanzando un gemido.

—¡Me ha partido la muñeca! ¡Me la ha partido!

—Tenía que haberte roto la cabeza —dijo Colin—. ¡Maldito seas! Eres un inútil. ¿Para qué te pago?

Tommy miró una puerta cerrada que había al fondo y unas cortinas que debían comunicar con un corredor. En cualquier momento podría aparecer alguien y seguro que lo haría escupiendo fuego. No podía arriesgarse.

—Peter —dijo—. Ponte cara a la pared con las manos en la nuca.

—No puedo levantar los brazos —objetó Peter.

—Anda, inténtalo. Sé que no te he partido la muñeca. Haz lo que te ordeno o te juro que te la ganas.

Peter vaciló un instante, pero finalmente se llevó las manos a la cabeza y se puso cara a la pared.

Luego Tommy dijo:

—Eh, tú, Colin, arriba también las manos.

—¿Qué te propones?

—¡Obedece!

Colin se puso las manos sobre el cabello.

Tommy se acercó a él por detrás y le registró quitándole una

pistola qué tenía bajo la axila. Luego le pegó un empujón sentándolo en un diván.

Echó a andar hacia la puerta y la abrió. Era un dormitorio y estaba vacío.

Apartó las cortinas de un manotazo y observó el corredor que conducía al cuarto de baño y a la cocina. No; no debía de haber nadie. Pero de todas formas se quedó allí para evitar que alguien le sorprendiese.

Colin le estaba mirando con ojos cargados de odio.

—Esta vez me la vas a pagar, Runyon.

—Estupendo, Colin, me la harás pagar, pero antes vas a abrir la espita.

—¿Qué quieres?

—Tú lo sabes perfectamente. Hablamos el mismo lenguaje.

—Si yo estuviese en tu lugar me marcharía de aquí muy aprisa, Runyon.

—Es precisamente lo que voy a hacer, marcharme muy aprisa; pero me he de llevar algo conmigo.

—No puedes llevarte nada.

—El botín, Colin.

—No estás en tu sano juicio.

Tommy levantó la pistola.

—Té eres el que está loco si crees que me he llegado a verte solo para contemplar tu cara.

De Sarro soltó una risita sarcástica.

—Me dijeron que te habías regenerado, Tommy.

—Y es cierto.

—Maldita sea. Eres un puerco. Tratas de aprovecharte de los demás. Siempre he aborrecido a los tipos que se enriquecen a costa de los sacrificios de los otros.

—Tú siempre has sido muy moral, Colin, un tipo intachable. Anda, déjate ya de historias y dame la pasta.

—No lo vas a lograr.

—Te juro que estoy dispuesto a convertir este *living* en una fosa, Colin.

—No te la puedo dar.

Tommy fue hacia él apretando los dientes.

Colin vio su cara y saltó del diván retrocediendo dos pasos.

—¡No está aquí, Tommy!

—¿Quién la tiene?

—Booth, el hombre que conociste en la otra casa.

—¿Y dónde está Booth?

Colin se humedeció los labios con la lengua.

—Nos separamos.

—Intenta otra respuesta, Colin. Inténtala por tu propio bien.

Colin cerró los ojos con fuerza y los abrió. Su frente empezó a transpirar.

—Está bien, Tommy, te daré diez mil, pero te has de largar.

—No hay acuerdo, Colin.

—¿Qué demonios te pasa? Nos sacaste dos mil, y con los diez mil que coges ahora habrás hecho un buen negocio... Maldita sea, y todo para no hacer nada.

—Sumas mal, Colin.

—¿Sí?

—Son veintidós mil.

—No te comprendo.

—Los diez mil que dejaste en la nevera.

Colin frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando, Tommy?

—¿Quieres que te refresque la memoria, Colin? Los diez mil que me dejaste en la nevera.

—Nada, no sé nada.

—¿Tampoco sabes nada acerca de la persona que mató a tu mujer?

—No. Eso fue una desgracia.

—Una desgracia... ¡Condenado cínico...! Fuiste tú el que iba al volante, Colin.

—¡No!

—O fue Peter, seguro que sí. No querías liquidarla, ¿eh, Colin? Después de todo, había sido tu esposa, pero Peter no tenía nada con ella.

Los ojos de Colin se convirtieron en cabezas de alfiler.

—Te repito que no tuve nada que ver con eso. Dijiste antes que hablábamos el mismo lenguaje, Tommy, y creí que era así, pero ahora veo que los dos estábamos equivocados.

—Sí, Colin. Los dos estamos equivocados y al menos uno de

nosotros debe obligar al otro a hablar con sinceridad. ¿Quién puede ser, Colin? —Tommy apretó los dientes, echando una mirada a la pistola que esgrimía en la diestra—. Creo que no hay duda, ¿eh, Colin?

—No sé a dónde quieres ir a parar.

—Ya me has entretenido bastante, Colin. Te voy a dar tres segundos, solamente tres para que me digas dónde está el botín... ¡Uno!

—¡Lo tiene Booth!

—Ésa no es la respuesta que yo quiero. ¡Dos!

Colin miró con ojos asustados la pistola que estaba a punto de dispararse.

De pronto el timbre del teléfono se puso a repiquetear.

Los tres hombres que había en la habitación dirigieron la mirada hacia la mesa ratona.

Hubo una pausa y luego se repitió la llamada.

Colin carraspeó.

—Quizá sea importante.

—¿Quién te iba a llamar, Colin? —preguntó Tommy.

De Sarro se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Está bien, cógelo.

Colin avanzó hacia la mesa y descolgó el auricular.

—¿Sí?

Tommy observaba fijamente su rostro y vio cómo su fea cara se iluminaba.

—Sí, Booth, está aquí —dijo De Sarro y apartó el auricular de sus labios mirando a Runyon—. Es Booth, Tommy, quiere hablar contigo.

—Yo no quiero hablar con él.

—Creo que te interesa mucho. Es acerca del botín.

Tommy vaciló unos instantes, pero finalmente se acercó a De Sarro y alargó la mano. Colin le dio el auricular.

—¿Sí, Booth?

—Hola, Runyon —oyó que decía Booth alegremente—. Te has movido mucho, ¿eh, Tommy?

—Tengo encañonado aquí al bueno de tu jefe y también hay otro invitado, Peter.

—Qué grandes noticias.

—Será mejor que vengas aquí, Booth. Quizá lleguemos a un arreglo.

—Estoy seguro de que nos pondremos de acuerdo sin necesidad de que yo vaya por ahí.

—No, Booth.

—Sí, Tommy, soy un tipo de suerte, ¿sabes? Justamente me dirigía al apartamento de Colin cuando os vi a ti y a la chica.

Tommy sintió un estremecimiento.

Booth había hecho una pausa y de pronto se echó a reír.

—¿Qué te pasa, Tommy?

—Nada, no me pasa nada.

—Como te iba diciendo, os vi en el coche, en el descapotable. Tengo buen olfato y saqué mis conclusiones. Tú no estabas allí por casualidad, Tommy. Divertido, ¿verdad?

—Termina de una vez, Booth.

—Ahora tienes mucha prisa. Está bien. Resumiré en tu honor. Te vigilé mientras entrabas en el almacén. Naturalmente necesitabas saber dónde vivía Peter. Yo también sé usar la cabeza. Luego entraste en la casa y, bueno, me puse manos a la obra.

—¿Qué has hecho, Booth?

—La chica es muy bonita.

—¡Maldito seas! ¿Qué has hecho con ella?

—Todavía nada. Está aquí muy seriecita. Espera que le eche una ojeada. Infiernos, hace tiempo que estaba buscando un tipo como el de ella.

—¡No la toques, Booth!

—Ahora yo estoy demasiado lejos, pero no te creas que mucho. Sólo tengo que recorrer tres o cuatro pasos.

Tommy sintió que de nuevo su cuerpo transpiraba.

—Acaba, Booth.

—Vas a venir aquí, chico. ¿Lo vas entendiendo? Vendrás con Colin y Peter. Si quieres ya puedes ir entregando la pistola. Pero es igual, puedes rendirte aquí mismo. No te dejaré ninguna oportunidad, muchacho. Te estaré esperando y tomaré todas las precauciones. Si intentas cualquier cosa, le vuelo la cabeza a tu rubia.

—No voy a intentar nada, Booth.

—Qué buen chico.

De pronto Tommy oyó ruido de una carrera y la voz de Lizabeth Marsh le llegó a través del cable.

—¡No! ¡No, Tommy no vengas!

Luego sonó un chasquido como el que produce una bofetada y Tommy la sintió en su propia carne.

—¡Booth! —gritó—. ¿Qué haces, Booth?

Oyó un gemido ahogado y supo que lo emitía la garganta de Liz.

Luego Booth rió y dijo:

—No ha pasado nada, muchacho. Sólo quise enseñarle modales.

Tommy respiró agitadamente.

—Si la vuelves a tocar te juro que acabaré contigo, Booth.

—¿Tú y quién más, Tommy? —Booth rió otra vez—. Anda, date prisa. Tengo muchas ganas de verte.

Luego sonó un chasquido cuando Booth colgó.

Tommy observó la cara sonriente de Colin. Éste dijo:

—Ya no somos sus prisioneros, Peter, puedes bajar las manos.

Peter descendió los brazos y miró muy fijo, con los ojos brillantes, a Tommy.

—Eso está bien, palabra que está bien. Déjalo de mi cuenta, Colin. Me debe algo, un par de cosas, aquel puñetazo que me soltó y lo de la muñeca. Te juro que ha faltado poco para que me la partiese y ahora voy a ser yo quien le quiebre los huesos.

Tommy negó con la cabeza.

—Iremos los tres juntos y yo continuaré en posesión de la pistola. Os la entregaré cuando lleguemos allí.

Colin sacudió la cabeza.

—¿Qué más da? Es tu final, chico, y tú lo sabes.

—Andando —dijo Tommy—. Vosotros delante.

Abandonaron la casa y una vez en la calle, Colin señaló hacia un «Buick» azul y blanco que había un poco más arriba.

Tommy se sentó atrás, con Colin, y Peter, al volante.

Iniciaron el viaje y Peter se puso a silbar una canción.

Salieron de Miami por el norte, pero a la altura de Opa Locka se desviaron para tomar la carretera veintisiete que conducía al lago Okechobee. A derecha e izquierda se veían los Everglades. Seis millas más allá cruzaron un sendero.

El aire era fétido. Pasaron por un bosquecillo de sauces y,

finalmente, el coche se detuvo frente a una cabaña.

Tommy miró por la ventanilla y vio en el porche un tipo en mangas de camisa. Era de regular estatura, grueso, de cara ancha. Esgrimía una metralleta con la que estaba apuntando al coche.

CAPÍTULO X

Tommy saltó fuera y detrás lo hizo Colin. Peter bajó por su lado y se puso a silbar otra vez.

El tipo de la metralleta advirtió:

—Suelta la pistola, Runyon, o te parto en dos.

Tommy no la soltó, la desvió hacia Colin de Sarro apuntándole al corazón.

De Sarro miró a Runyon.

—¿Qué vas a hacer, Tommy?

En esto llegó la voz de Booth por una ventana que estaba abierta.

—Obedece a Monty, Runyon. Yo también tengo una pistola y su cañón está apoyado justamente en el cabello rubio de tu chica.

Peter seguía silbando, los brazos en jarras. Se columpiaba sobre los pies mirando a Runyon.

Pasaron dos segundos, tres, cuatro...

De pronto, Runyon abrió la mano y la pistola cayó al suelo.

Colin de Sarro soltó una risotada.

Peter avanzó hacia Tommy y le descargó un puñetazo con la derecha. Runyon recibió el impacto en el estómago y empezó a agacharse. Sabía que Peter intentaría cazarle ahora en el mentón y alargó el brazo y bloqueó el disparo. Mientras tanto llenó sus pulmones de oxígeno. Y entonces soltó un trallazo con la zurda.

Peter voló golpeando con la portezuela del coche. Luego se derrumbó lanzando un gemido.

Colin se agachó y apoderóse de la pistola que Tommy había dejado caer.

—Ya basta, Runyon.

Peter se levantó respirando agitadamente.

Fue a abalanzarse sobre Tommy, pero éste se preparó para recibirlo convenientemente.

—No lo destroces, Peter —dijo Colin—. Ya tendrás tu revancha.

Peter se detuvo. Quizá había esperado ese consejo de Colin, porque estaba demasiado castigado.

Sacudió la cabeza.

—Sí, lo arreglaré todo.

Colin sonrió y señaló con la pistola al porche.

—Anda, Tommy, ¿no vas a echarle un vistazo a tu chica? Debes estar muy preocupado por lo que le haya hecho Booth.

Tommy se dirigió al porche. Monty, el de la metralleta, se apartó para no darle la espalda.

Runyon hizo girar el pomo de la puerta y entró. Liz estaba sentada en una silla. A su lado, Booth jugueteaba con la pistola.

Liz y Tommy quedaron mirando un rato. Tommy recordó el momento en que le dijo a ella que siguiese su camino. Se arrepintió de no haberlo hecho con más dureza, pero tuvo una oportunidad de prescindir de Liz cuando salió de ver a Suzy y la encontró esperándolo en la calle. ¿Por qué no se desembarazó de ella? Cabía pensar que el asunto podía hacer crisis y que Liz, entonces, quedaría prendida en la maraña de aquella red. Buscó la razón por la que había preferido su compañía y sólo encontró una respuesta. Ella le gustaba, le había gustado desde el principio, desde que la encontró en aquel camino cuando ella alzaba la mano despidiéndose de los Cronin. La vida era así. Uno puede estar buscando a una mujer durante años sin encontrarla y, de pronto, en el momento más inopinado, surge ella en las circunstancias más insospechadas.

Bien; eso no arreglaba nada.

Colin sacó un paquete de cigarrillos y encendió. Arrojó una bocanada de humo a la cara de Tommy y dijo:

—Esta vez te pasaste de listo, muchacho.

—De acuerdo, Colin, me pasé de listo. Ahora me lo podéis hacer pagar y quedamos a la par.

—¿Desde cuándo posees ese espíritu de sacrificio?

Tommy señaló a la joven.

—No rechistaré. Lo daré todo por bien hecho, pero ella queda al margen.

Colin miró a Liz.

—Es bonita —dijo—. Sí, señor, muy bonita.

Booth se echó a reír.

—Es lo que yo dije cuando la vi. Traté de convencerla para que ella y yo diésemos una vuelta por ahí, pero la chica es de las que se cohíben muy pronto.

—¿De veras? —dijo Colin—. Quizá lo que pasa es que tú no le gustas a ella. ¿Te lo has preguntado, Booth?

A Tommy le daba náuseas aquel diálogo.

—Terminemos de una vez —dijo.

Peter se metió en una habitación y regresó con una botella de *whisky*. Destapó el irasco y bebió al gollete un largo trago. Se pasó el dorso de la mano por la boca y luego dijo:

—Quiero hacer este trabajo, jefe.

Colin meneó la cabeza.

—Cada cosa a su tiempo —miró a Booth—. ¿Tienes la valija?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En el dormitorio.

—Está bien, tráela aquí.

Booth desapareció en la misma habitación en donde había entrado Peter a por el *whisky* y regresó con una valija de piel de cerdo, que puso sobre una silla.

Tommy miró el maletín.

—Viniste por eso de Canadá, ¿eh, Colin?

—Sí, me costó mucho trabajo. Ahora estoy arreglado para el resto.

—Todavía no, Colin. Yo no soy el único del que te tienes que librar.

—No me vas a asustar, Tommy. Sé que trabajas solo.

—Olvidas a Lloyd *Mail*.

Colin miró fijamente al joven.

—Tú y Lloyd *Mail* nunca os llevasteis bien.

—El interés une a las personas, Colin.

—Sé que es una estratagema tuya, Runyon, pero te aseguro que no va a surtir efecto.

Monty, el de la metralleta, hizo una mueca.

—No me gusta, jefe.

—¿Qué es lo que no te gusta, Monty? —preguntó Colin.

—Que Lloyd *Mail* venga detrás de nosotros.

—Eres un estúpido. ¿Es que no me has oído? Es una trampa de Runyon para atemorizarnos. Hemos hecho las cosas bien desde un principio. Lloyd *Mail* no sabe nada.

—¿Sí? —dijo Monty y señaló a Runyon—. ¿Y por qué lo sabe él?

—¿Es que no lo recuerdas? Tropezó con mi mujer y le hizo soltar la lengua. Ya sé que ella negó que hubiese dicho nada, pero tuvo que ocurrir así. Sólo de esa forma Runyon nos pudo dar alcance.

Monty hizo un gesto afirmativo.

—De todas formas pienso que nos debíamos largar de aquí cuanto antes. No me gustan los líos.

—Nos iremos —afirmó Colin.

Peter miró al trasluz de la botella de *whisky* que tenía en la mano y en aquella actitud dijo:

—No es bueno llevarse prisioneros. Hemos de liquidarlos aquí.

Tommy clavó la mirada en los ojos de Colin.

—Deja a ella aparte, Colin.

—No te preocupes, la llevaré conmigo.

Monty carraspeó fuertemente.

—Yo opino que no debes hacerlo, jefe.

—Nadie te ha preguntado tu opinión.

—Las chicas traen mala suerte, yo lo sé.

—Cierra el pico —dijo Colin—. Soy yo quien da las órdenes y he dicho que viene con nosotros.

—Como quieras, jefe —dijo Monty—, pero no digas que no te advertí. Las mujeres dan mala suerte.

—Ponte la chaqueta y deja de repetir el disco.

Monty miró a Peter y le arrojó la metralleta.

El movimiento fue tan súbito que Peter, para atrapar el arma, tuvo que dejar caer la botella de *whisky*, la cual se estrelló en el suelo haciéndose añicos. Con la metralleta en la mano miró los restos del frasco y exclamó:

—¡Maldito seas, Monty! Mira lo que has hecho.

Monty se echó a reír mientras cogía la chaqueta que había en el respaldo de una silla.

—Podrás comprarte muchas botellas con tu parte.

—Pero ahora no tengo ninguna —chilló Peter—, y tenía ganas de beber. Un día de éstos te voy a romper las narices, Monty.

—¿Tú? —Monty enseñó los dientes—. Intenta tocarme y te pateo el riñón.

Peter le apuntó con la metralleta.

—Me gustaría saber cómo lo haces.

Colin dejó oír su voz seca:

—¡Basta ya de peleas! A veces me pregunto por qué os elegí para esto. Sólo sois un par de desgraciados. Uno se molesta en daros categoría, pero es perder el tiempo.

Monty y Peter bajaron la mirada al suelo. Luego, Colin dijo a Peter:

—Está bien, tú te encargas de él.

Peter depositó los ojos en la figura de Runyon.

—Sí, jefe, y recuérdame que alguna vez te devuelva el favor.

Colin miró a Liz.

—En pie, chica.

Liz negó con la cabeza.

—No voy a ir con ustedes.

Booth rompió a reír.

—¿Lo has oído, jefe? No quiere venir con nosotros. Colin arrugó el entrecejo.

—¿Qué te pasa, chica?

—Me voy a quedar aquí —respondió ella decididamente. Booth soltó otra carcajada.

—A lo mejor se ha enamorado de Tommy.

Colin miró a la joven y a Runyon.

—Sí, son cosas que pasan.

Runyon observó que la joven bajaba la mirada al suelo.

—Vas a ir con ellos, Liz.

La joven levantó la mirada.

—No.

—Yo sé lo que te conviene.

Monty sacó una pistola del bolsillo interior de la chaqueta y mientras la examinaba declaró:

—Si la chica quiere quedarse, ¿por qué hemos de forzarla?

Colin volvió rápidamente la cabeza hacia el matón.

—Te dije que te callases, Monty.

Hubo un largo silencio.

Tommy sentía una extraña sensación dentro de sí. Algo nuevo. Después de todo, a ella le había ocurrido lo mismo que a él. Lo había leído muchas veces en las novelas, lo había visto en el cine, hasta le habían hablado de ello tipos que aseguraban haberle ocurrido. Una persona gustaba a otra de pronto, sin que fuese preciso que entre ellas existiese un largo conocimiento o una prolongada amistad. Y ahora le estaba sucediendo a él. No tenía ninguna duda. Veía a Liz quieta, mirándole a él fijamente, y pensó que la vida junto a ella valdría la pena.

Oyó una voz ronca y se extrañó de que fuese la suya propia.

—Vas a obedecerme, Liz.

La joven se mordió el labio inferior fuertemente y luego contestó:

—Sí, Tommy.

—Vete con ellos.

Liz se puso en pie.

Booth sonrió.

—¿Lo habéis oído, muchachos? Ha sido todo un drama.

—Sí —dijo Colin—. Y ahora va a caer el telón.

Monty guardó otra vez la pistola y echó a andar hacia la puerta.

—Larguémonos de una vez.

Liz avanzó sobre Runyon y se detuvo muy cerca.

—Lo siento, Tommy.

—Tuviste mala fortuna al encontrarte conmigo, muchacha.

—No, creo que no.

—Adiós y buena suerte.

Ella todavía le miró a los ojos unos segundos y luego echó a andar.

Primero salió Monty, luego Liz y a continuación Booth.

Colin tomó la valija por el asa con la mano libre y luego señaló a Tommy con la pistola.

—Te lo dije, muchacho. No debiste meterte en esto. Nunca me fuiste simpático, pero cuando me dijeron que trabajabas en algo limpio me dije que habrías necesitado una gran voluntad. Era pura comedia. Eres un bastardo, Runyon —señaló Peter—. Y él te va a dar ahora la medicina.

—¿Dónde me esperáis? —preguntó el pelirrojo.

—En la otra cabaña. No tardes mucho. Desde allí iremos al puerto.

Colin salió, cerrando a sus espaldas.

Tommy quedó a solas con el pelirrojo Peter, el cual le apuntaba con la metralleta.

Se oyó el ruido del «Buick» y luego los neumáticos crujieron cuando se puso en movimiento, alejándose por el sendero.

CAPÍTULO XI

—¿Puedo fumar un cigarrillo? —preguntó Runyon.

Hizo un gesto para introducir la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, donde guardaba el paquete, pero Peter le detuvo levantando unas pulgadas la metralleta.

—Tienes cigarrillos sobre la mesa.

Tommy miró el paquete al que el otro se refería y dijo:

—No son de mi marca.

Peter soltó una risita.

—Da lo mismo. Te fumarás uno de éstos.

—Está bien. Aunque siempre creí que a los condenados no se les regateaba el último favor.

Se acercó a la mesa y cogió un cigarrillo. Al lado del paquete había una caja de fósforos. Frotó uno y encendió, lanzando una bocanada de humo. Dejó el cigarrillo entre los labios mientras miraba a través del humo a Peter.

Ya no se oía el motor del «Buick».

Tommy estaba a unas tres yardas de Peter. Éste hizo una mueca.

—Bueno, chico. Esto es la despedida.

Tommy sacudió la cabeza, llevó la mano derecha a la boca y se quitó el cigarrillo. Lo hizo con dos dedos, con el pulgar y el del corazón. Volvió rápidamente la palma hacia arriba y catapultó el cigarrillo contra la cara de Peter.

Se había entrenado muchas veces. En otro tiempo tuvo costumbre de desprenderse de las colillas de aquella forma.

El cigarrillo chocó contra la cara del pelirrojo desparramando un sinfín de chispas.

Peter lanzó una maldición. Runyon ya había saltado sobre su verdugo. Era un salto muy largo, pero en él le iba la vida. Si Peter

hubiese blandido una pistola, a Tommy no le hubiese servido de nada, pero era una metralleta y así pudo tocar el caño justamente un segundo antes de que disparase.

Sonaron tres estampidos y las balas golpearon contra el techo.

Tommy siguió cayendo, pero llevóse consigo la metralleta y a Peter detrás.

Por un momento, Tommy pensó que de nada había servido su estratagema, porque cayó de bruces golpeando la cara contra el suelo y quedó un poco atontado.

Peter aprovechó su ventaja para descargarle un zurdazo en la nuca. Tommy sintió cómo crujían sus narices contra el piso y pensó que el condenado de Peter se las había convertido en pulpa.

Luego, Peter le pegó otra vez en el cuello. Se revolvió casi instintivamente descargando un patadón al azar. Encontró carne blanda en el camino y el pelirrojo lanzó un aullido de dolor y se contrajo aunque no soltó el arma. Tommy sólo deseaba disponer de unos segundos para recuperar el resuello.

Los dos se miraron como luchadores antes de iniciar el último *round*. Estaban muy cerca el uno del otro, rozándose, y cada uno de ellos tenía la mano sobre el arma cuyo cañón apuntaba ahora a la pared.

Y de pronto, Peter le largó un cabezazo.

Tommy se echó hacia atrás y recibió el golpe en el pecho. Entonces levantó los pies y apoyándolos en el vientre de Peter lo arrojó en el aire lanzándolo por encima. Aún así, el matón no soltó la metralleta y ambos rodaron por el suelo. Antes de detenerse, Tommy le pegó con el antebrazo en la cara, y cuando vio que Peter acusaba el impacto, dejó libre la mano derecha y le pegó un directo entre los dos ojos.

Peter abrió mucho la boca y se desplomó sin conocimiento.

Tommy se levantó resoplando con el arma bajo el brazo. Se enjugó el sudor con el dorso de la zurda y miró la mancha de *whisky* que había en el suelo. Pensó que ahora le hubiese venido muy bien un trago.

Esperó un rato. Peter empezó a dar señales de vida. Le dejó levantarse y entonces le dijo:

—Me vas a llevar a la otra cabaña, Peter.

El pelirrojo le miró con ojos cargados de odio.

—No tienes donde elegir. Eso o un cosido junto al ombligo.

—Maldito sea si voy a hacer tal cosa.

Peter apretó los dientes rabioso.

—¿Qué vas a hacer, Runyon? Estás solo y, en cuanto te vean aparecer, Colin acabará contigo.

—Me río yo de Colin.

—Vete y déjanos en paz.

—Andando, Peter. Empieza a moverte.

Peter vaciló todavía unos segundos, pero finalmente dio media vuelta y salió de la cabaña seguido por Tommy.

Peter dijo:

—Tendremos que andar mucho, Runyon, como cosa de diez millas. No habrá nadie allí. Cuando vean que tardo mucho, creerán que ha ocurrido algo imprevisto y se largarán.

Tommy rió.

—¿Y cómo pensabas ir tú después de liquidarme?

Peter no contestó y Runyon señaló con la cabeza la parte trasera de la casa.

—Tiene que haber un coche.

—No lo hay.

—¿Y el de mi rubia? Ella tenía un convertible... Vamos, estúpido, ¿a quién quieres engañar?

Peter dio la vuelta a la cabaña y, tal como Tommy había supuesto allí estaba el convertible.

—Tú vas a conducir —dijo Tommy—. Y yo iré detrás de ti apuntándote a la cabeza. Intenta algo y te juro que daré fin a tu historia.

Poco después el coche se ponía en movimiento.

Peter condujo por el sendero. Hicieron el viaje en silencio. El panorama siempre era igual, tierras pantanosas por todas partes, fetidez.

Runyon calculó que había recorrido como unas siete millas.

—¿Falta mucho? —preguntó.

—Estamos llegando.

—¿Dónde es?

Peter hizo girar el volante. El coche subía por un promontorio y entonces el terreno se inclinó ligeramente. Al fondo, a la izquierda. Tommy descubrió un antiguo poblado seminola que debía estar

abandonado como otros muchos que había en el territorio de Florida.

Las cabañas eran de madera.

—¿Cuál de ellas es? —preguntó Tommy.

—No lo sé.

—Nos quedamos aquí, Peter.

—¿No quieres que lleguemos hasta allá?

—He dicho que aquí. Aprieta el pedal del freno.

El coche se detuvo con un bamboleo.

Estaban a unas cien yardas de la primera cabaña y reinaba un gran silencio.

—¿Me has engañado, Peter?

—Están aquí.

—Claro, ¿tú qué vas a decir? Pero lo sabré muy pronto.

—Claro que sí. Lo vas a saber en seguida. En cuanto te vuelen la cabeza.

—¿Y qué les pasa? ¿Por qué no me reciben a tiros?

—Quizá estén esperando a que salgas. Tu situación no ha mejorado, Runyon. Colin de Sarro sigue teniendo a la chica y volverás a caer. No sabía qué clase de idiota eras...

—¿Quieres callarte? —Tommy dejó transcurrir unos segundos—. Vamos a hacer una cosa, Peter.

—¿El qué?

—Descenderás del coche y vas a andar hasta allá.

—¿Para qué?

—Es cuenta mía.

Tommy descendió por la portezuela siempre con la metralleta preparada.

Peter no se movió del asiento delantero.

—¿Es que no lo has oído? —dijo Tommy—. Sal de ahí.

El pelirrojo saltó del coche, cerrando con un fuerte portazo.

En eso se oyó el estampido de un rifle y la bala aulló y se incrustó en la carrocería del convertible.

Tommy se agachó rápidamente y Peter también lo hizo hincando una rodilla en tierra. Tenían el coche delante y eso les servía de parapeto.

Peter soltó una risita.

—¿No te lo dije, Runyon? Te acaban de dar la bienvenida.

En esto se oyó otro disparo y luego tres más. Pero Tommy, asombrado, se dio cuenta de que éstos no iban dirigidos a él. Habían sonado más distantes que el primero, al otro lado del poblado.

Arrugó el ceño mirando a Peter.

—Parece que tu jefe se encuentra en dificultades.

El pelirrojo había sacado asimismo sus propias conclusiones y parpadeó confuso.

—¿Qué es lo que pasará?

—Puedes ir a averiguarlo. Yo iré detrás de ti.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Te vas a poner delante y yo iré detrás para que me sirvas de escudo.

—¡No!

—Tus propios compañeros no se atreverán a disparar contra ti.

—Pero tú lo has dicho, Runyon... ¡Hay otros que me matarán!

—Es un riesgo que has de correr.

Los disparos se sucedían ahora más rápidos.

El pelirrojo se humedeció los labios con la lengua.

—Es un asesinato...

—Sabes mucho de leyes, Peter, pero no tengo tiempo de discutir contigo. Arriba, o soy yo el que te asa.

Peter se puso en pie muy lentamente, esperando oír el disparo que terminase con él, y cuando se enderezó, un poco encogido, permaneció quieto un rato.

—Adelante, chico —ordenó Runyon.

Peter dio un paso y luego otro. Tommy fue detrás.

Vieron ascender las nubecillas producidas por los disparos sobre el techo de una cabaña, muy al fondo.

Peter y Tommy caminaron despacio.

—Tira hacia la derecha, por detrás de la primera cabaña. Si logramos llegar tendrás un respiro y maldita sea, ¡muévete más aprisa!... ¡Corre!

Peter echó a correr y Tommy le siguió.

Llegaron detrás de la cabaña y descansaron.

—¡Infiernos! —exclamó Peter—. No se lo deseo a nadie.

—Tú eres un tipo muy humano —comentó irónico Tommy.

La batalla había llegado a su punto culminante.

Tommy mordióse el labio inferior con fuerza, pensando que Liz estaba en compañía de Colin de Sarro.

—Vamos, Peter. Hemos de llegar cuanto antes.

El pelirrojo reanudó la marcha.

—¿Por qué no me dejas aquí?... Me estoy ahogando.

Soy asmático.

—No me digas.

—Te juro que sí. La carrera está acabando conmigo.

—Haz un esfuerzo, muchacho. Tú tienes que ayudar a los tuyos.

¿No lo recuerdas?... Es tu deber.

—¡Al diablo con todos ellos! Quiero irme a mi casa.

—No me partas el corazón, Peter. Anda, déjate de tonterías.

Peter rezongó un juramento por lo bajo y siguió andando.

Como cosa de cincuenta yardas más allá se detuvieron, porque estaban demasiado cerca de la casa desde donde disparaban hacia afuera. Los atacantes se hallaban situados a la izquierda. El fuego había disminuido. Ahora sólo disparaban espaciadamente.

—Vas a cruzar a la otra parte, Peter.

—¡No! —exclamó el pelirrojo, atemorizado.

—Entraremos por la puerta de atrás.

—Es un suicidio. Entre esta cabaña y la otra hay un buen espacio. Me tumbarán.

—No hay más remedio.

Peter pareció echarse a llorar, pero hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Inspiró profundamente llenando los pulmones de aire y echó a correr.

Tommy le vio avanzar como una centella. Una bala se hundió muy cerca del gángster y eso hizo que imprimiese más velocidad a sus piernas.

Llegó a la parte trasera de la cabaña que era su destino y, en lugar de detenerse, desapareció por el flanco más lejano.

Tommy disparó contra él, pero lo hizo tarde, y soltó una maldición para sus adentros. Ahora sólo había conseguido llevar a Peter al lado de Colin.

Corrió como un gamo hacia delante y dos balas aullaron muy cerca tratando de morder su carne.

Logró llegar a la otra parte, delante de la puerta y cargó sobre ella con el hombro.

La puerta crujió ofreciendo resistencia. Lo volvió a intentar retrocediendo unas yardas. Esta vez la cerradura saltó. Alguien se había preocupado de modernizar un poco aquella choza de indios.

Se introdujo por un patio. Enfrente había una escalera que conducía a otra puerta. Ésta se abrió y apareció Monty con una pistola de caño corto en la mano.

Tommy hizo entrar en acción la metralleta.

Vio cómo Monty se retorció convulsivamente, luego se dobló sobre el pasamano, dio una voltereta y golpeó contra el suelo de tierra.

Subió rápidamente la escalera y entró en la casa.

Oyó pasos rápidos y luego un golpe, como el de alguien que salta por una ventana.

En esto empezaron a golpear en la puerta principal y oyó la voz de Peter:

—¡Abre, Colin! ¡Soy yo, Peter!

Se oyeron dos disparos de rifle.

—¡Colin! —chilló Peter con voz moribunda—. ¡Abre, Colin!

Luego se desplomó golpeando contra la puerta.

Tommy vio otro cuerpo tendido en el suelo, al pie de una ventana cuyos cristales habían saltado hechos añicos.

Booth tenía los ojos muy abiertos, fijos en el techo. Le habían metido una bala en el centro de la frente.

En esto, Tommy oyó un grito.

Corrió hacia la derecha y abrió una puerta.

Liz estaba de rodillas, con las manos atadas a la pata de una cama.

—¡Tommy! —exclamó con los ojos llenos de esperanza al verlo a él.

Runyon la desató rápidamente.

Ella había pasado demasiado y de pronto se echó en brazos de él.

Tommy la apretó contra sí besándola en el cabello.

—Lo siento, nena —dijo.

Permanecieron así un rato.

—Oh, Tommy, es como una pesadilla.

—Va a terminar pronto.

—¿Y de qué forma?

—De la mejor para nosotros.

Tommy se apartó de ella y la miró a los ojos.

—Nunca pude imaginar que me enamoraría de golpe y porrazo,
Liz —sonrió.

—Yo tampoco, Tommy.

Y besó los rojos labios y, mientras permanecían estrechamente unidos, se oyeron dos disparos de rifle y luego un tercero.

Un alarido agujereó la atmósfera.

Tommy sintió cómo Liz se estremecía.

Ahora se hizo un silencio.

Tommy cogió la metralleta y se puso en pie rápidamente.

—Espera aquí, nena.

Antes de que recibiese una respuesta de ella salió de la cabaña y corrió hacia la derecha, donde había localizado el grito.

A menos de veinte yardas de la casa vio dos hombres de pie y un cuerpo tendido en tierra.

De pronto, Tommy se detuvo al reconocer en uno de los individuos la figura de Jim Bodin.

Jim volvió la cabeza.

—Hola, chico —saludó.

Tommy se acercó andando lentamente.

El hombre que estaba en tierra era Colin de Sarro. Se hallaba de bruces y con su mano derecha aprisionaba el maletín.

El otro hombre que acompañaba a Jim Bodin tendría unos cuarenta años y era alto, de cabello del color del tabaco.

Jim Bodin lo presentó.

—Éste es Grant Gilmore, un buen amigo.

Tommy sacudió la cabeza y luego miró a Jim.

—Ha sido una suerte que pudieses llegar tan a tiempo, Jim.

—Sí, creo que sí.

—¿Cómo ha sido?

—Encontré a una pelirroja amiga de un antiguo conocido, Monty Norton. Resulta que Monty la había traído a ella aquí en un fin de semana. Decidí que valía la pena echarte un cable. Me enteré de que la mujer de De Sarro había sido muerta. Te llamé un par de veces a tu casa y al no recibir respuesta supuse que estarías en complicaciones.

—Gracias, Jim.

—Celebro haberte servido de algo.

Tommy se acercó al cuerpo de De Sarro, y después de dejar la metralleta a sus pies agachóse y le quitó el maletín de la mano.

Despasó las correas y abrió el maletín. El corazón le dio un vuelco. Allí no había billetes. Sólo vio una caja, negra, muy ancha.

Sacó ésta despaciosamente y la abrió. El interior era de terciopelo negro y sobre éste refulgían con luz propia no menos de medio centenar de brillantes.

Tommy volvió la cabeza observando a Jim Bodin y al hombre que éste le había presentado como Grant Gilmore.

—¿Qué te parece, Jim?

El viejo cazador de alligators miró los brillantes y luego dijo:

—Ese Lloyd *Mail* siempre fue un zorro.

—¿Tú crees?

—Está claro, chico. Te habló de un asalto a su negocio de La Herradura, pero eso sólo fue un cuento suyo. Ahora está todo claro, Lloyd *Mail* perseguía esos pedruscos, pero quiso que tú le sacases las castañas del fuego.

—Todo eso es muy extraño, Jim.

—¿Por qué?

—El se jugaba el tipo conmigo, sin importarle la clase de mercancía, dinero efectivo o billetes.

—Tú no conoces a Lloyd *Mail*.

—Y tú, al parecer, le conocías mucho, ¿eh?

—Sí, ¿por qué iba a negarlo?

—Lo conocías tanto que llegaste a pensar que podías asestarle un golpe.

—¿Qué dices, Tommy? No te comprendo.

—Ahora lo sé todo, Jim. Tú eres el jefe de los salteadores.

CAPÍTULO XII

Sobrevino una pausa. Tommy había visto que aquel hombre, Grant Gilmore, le estaba apuntando con el rifle, pero esto no había ocurrido ahora, sino desde el momento que se agachó sobre el maletín.

Jim Bodin se aclaró la garganta.

—Estás loco, Tommy.

—No puedo equivocarme. Cuanto más lo pienso, más claro está, Jim. Resulta curioso, como cuando de pequeño me ponía a armar un rompecabezas. Las piezas encajan perfectamente.

—Esto te ha trastornado, Tommy. Comprendo que sospeches de todo el mundo.

—Han dejado de ser sospechas, Jim. Es una absoluta y completa realidad. Tú organizaste el asalto a La Herradura.

—Sabes que me regeneraré, que me dedico a cazar alligators. Vendo las pieles y eso es lo que me sirve para vivir.

—Cuentos.

—Sólo he tratado de echarte una mano.

—Eso ha sido lo más gracioso de todo.

—¿El qué?

—El que me hayas echado una mano —Tommy rió y observó otra vez el rifle que manejaba Grant.

El rostro de Jim Bodin seguía siendo inexpresivo.

—Has perdido la ecuanimidad, Tommy —dijo—. Yo te diré lo que ha pasado. Lloyd *Mail* sabía que Colin de Sarro se dedicaba a pasar brillantes de contrabando. Pensó que haría un gran negocio si conseguía asestar un golpe a Colin. Sólo tendría que cazarle una bolsa para asegurarse una buena cantidad de dólares.

—Sigue.

—Pero Lloyd sabía que no podía valerse de los chicos de su banda.

—¿Por qué?

—Colin también pertenece al Sindicato.

—No me digas...

—Tú no estás informado como yo, Tommy.

—Sí, tú parece que estás muy bien informado, Jim. Sabes muchas cosas. Demasiadas diría yo.

—Ha ocurrido como te digo. Lloyd sabía que se jugaba el tipo. Un miembro del Sindicato no puede atacar a otro miembro sin que le cueste caro. Se gana la expulsión y otra cosa que es peor: es sentenciado a muerte.

Tommy dejó oír una risita.

—Y entonces Lloyd pensó en mí.

—Sí, así fue. Inventó la historia de un asalto y te amenazó con liquidarte si no le atrapabas a los tipos.

—Hay muchos puntos flojos en tu historia. Jim.

—¿Dónde están?

—Primero, ¿cómo sabía Lloyd *Mail* que yo me liaría a buscar a Colin de Sarro?

Hubo un silencio. Tommy seguía mirando muy fijo la cara del cazador de alligators.

—Hice diana, ¿eh, Jimmy? Si Lloyd *Mail* hubiese querido que yo diese caza a Colin de Sarro, me hubiese citado su nombre, pero no fue así, Jim. Por una sencilla razón. Lloyd no sabía que Colin estuviese aquí. —Runyon hinchó los pulmones—. En segundo lugar, apuesto cualquier cosa a que Colin de Sarro no pertenece al Sindicato.

—¿Por qué no había de pertenecer?

—Lo dice claramente la forma en que él se ha conducido. Estoy seguro de que estos brillantes son los primeros que pasa Colin. Constituyen una fortuna. Aquí hay un millón de dólares, Jim, y les oí decir que se iban a un puerto. Booth, el lugarteniente de Colin, me pagó dos mil dólares porque yo les dejase tranquilos. Peter y Monty eran dos pistoleros de pacotilla. Componían una triste banda y por eso te ha sido a ti tan fácil liquidarla. Colin de Sarro fue siempre una mala persona, pero tenía mi opinión acerca de él. Nunca llegaría a ser nadie. Era un delincuente de baja estofa. El se

creía un hombre importante, pero no lo era. Sólo vino aquí a pegar su golpe y éste consistía simplemente pasar los brillantes. Naturalmente, el negocio le proporcionaría un beneficio de ciento cincuenta mil o doscientos mil dólares, pero con eso se conformaba. No era una banda que operaba regularmente.

—Sólo son suposiciones tuyas, Tommy.

—No, Jim. Yo también uso la cabeza, ¿no lo recuerdas? Lloyd *Mail* me obligó a meterme en todo esto porque tenía la esperanza de que yo, en cierto modo, seguiría siendo el mismo Runyon que él conoció. —Tommy hizo una pausa—. Hay otras muchas cosas que te apuntan a ti, Jim.

—¿Por ejemplo?

—Te preocupaste al principio, cuando fui a tu cabaña a pedirte información. El destino me jugó esa pasada. Fui a preguntarte a ti acerca de los salteadores cuando tú eras el jefe de ellos.

Tommy esperó unos segundos. Se había levantado un fuerte viento que silbaba al rozar los arbustos enanos que crecían en la tierra pantanosa.

Tommy miró hacia la cabaña donde había dejado a Liz. Deseó fervientemente que ella se hubiese marchado. Miró otra vez a Jim y luego a Grant. Los ojos de éste parecían trozos de cristal opaco. Prosiguió:

—¿Lo recuerdas, Jim? Tu pato era muy sabroso. Mi presencia te pilló desprevenido y por eso te tomaste mucho tiempo, todo el que necesitabas para pensar en lo que tenías que decirme. Transcurrió cerca de una hora antes de que empezases a despegar los labios para contestar a mis preguntas.

—Me estás cansando, Tommy —dijo Jim.

—Terminaré muy pronto.

—No sé si te voy a oír.

—Inténtalo, Jim. Después de todo, el final está cerca.

—Adelante.

—Te pregunté por unas cuantas personas y entre ellas estaba Colín de Sarro. Aquello fue para ti la tabla de salvación.

—No te entiendo.

—Apuesto a que Colin de Sarro se dirigió a ti como conocedor del país en busca de ayuda. Para llevar a cabo su operación de los brillantes necesitaba dos cabañas para el caso de que las cosas se

pusiesen mal. Tú se las proporcionaste. Colin te daría unos cuantos billetes por eso. Luego yo me fui de tu casa y tú seguiste pensando. Sabías que te habías echado un mal enemigo. No era culpa tuya, sino de *Lloyd Mail*, pero el caso es que yo estaba allí enfrentándome contigo, aunque yo no lo supiese.

Los dos oyentes parecían hipnotizados. Estaban quietos, sin pestañear, escuchando palabra por palabra el discurso de Tommy.

—Al fin encontraste una solución. Colin De Sarro se encargaría de eliminarme, bastaría con que tú me echases sobre él. Colin creería que yo iba a por los brillantes y daría orden a sus chicos de que me liquidasen. Por eso me pusiste en su camino hablándome de la ex mujer de Colin. Yo no tenía más remedio que ir tras ella y, naturalmente, me condujo al lugar donde estaba Colin. Tú debías estar cerca, en alguna parte de la calle. Estabas pidiendo al cielo que no saliese, y si lo hacía, al menos, que fuese en compañía de dos gorilas. Pero no fue así, y cuando viste que salía solo, pensaste que debías precipitar los acontecimientos. ¿De qué forma? Muy sencillo: liquidando a Doris Ketcham.

—Estás delirando, Tommy.

—Te advertí antes que todo encajaba.

—¿Por qué había de hacer yo una cosa así?

—Por poner nervioso a Colin de Sarro, por sacarlo de sus casillas. Yo era la persona que había entrado en contacto con Doris y tú imaginaste que quizá Colin se decidiría a darme muerte.

—Colin de Sarro mató a Doris porque ella lo vendió llevándote a su casa.

—No, Jim. Ellos no estaban dispuestos a matar a nadie. Sólo lo harían en un caso muy imprescindible, como hoy ha estado a punto de ocurrir. En cuanto hablé con Colin me di cuenta de que él no había matado a su mujer y ni por un momento admitió que yo fuese el asesino. Procedía con lógica, Jim. ¿Qué motivos tenía yo para matar a Doris? La única virtud de Colin era que sabía ver las cosas con serenidad.

Jim sacudió la cabeza.

—Es la historia más fabulosa que he oído en mi vida.

—Ya estoy acabando, Jim, deja que lo haga y opina después.

—Venga ese desenlace.

—Tú habías estado preparando durante muchos años el asalto al

negocio de Lloyd *Mail*, te conformabas con eso. Pero cuando las cosas empezaron a enredarse, pensaste que también podías hacerte con los brillantes. Así darías un golpe perfecto. Yo me estaba metiendo demasiado con Colin de Sarro. Era lógico pensar que él terminaría por matarme. Sabías que Colin vendría aquí antes de marcharse a ese puerto donde embarcara. Le preparaste una buena encerrona, pero te falló otra vez, porque a mí no me mataron — Tommy señaló los brillantes—. Ahora has querido urdir esa historia acerca de que Lloyd *Mail* sólo perseguía las gemas. Tu sola presencia te ha vendido, Jim. No te sirve la invención de la pelirroja amiga de Monty. He tenido suerte en venir corriendo aquí antes de que tuvieses tiempo de vaciar el maletín y tirarlo al pantano junto con el cadáver de Colin. Sé perfectamente lo que dirías, que yo y Lloyd *Mail* habíamos tenido mala estrella y que Colin, al pretender huir, había quedado enterrado con el botín de La Herradura. Pero yo llegué a tiempo de impedirlo.

Hubo una larga pausa.

—Sólo faltan un par de detalles para el final, Jim.

—¿El qué?

—Enterraste las máscaras junto al naranjo de mi jardín y sacrificaste hasta diez mil dólares poniéndomelos en la nevera. Tú esperabas que Lloyd *Mail* me hiciese pedazos tratando de sacarme el escondite del resto del tesoro. Yo, naturalmente, hubiese tenido que soportarlo todo porque no sabía nada. Es increíble, Jim, pero cierto. Y luego está el disparo del rifle con que me recibiste al llegar aquí.

—Una bala perdida.

—No. Viste llegar el convertible y me descubriste a mí perfectamente. Eres un gran cazador, un tipo que tiene dos buenos ojos. Peter no era tu víctima, sino yo, y por eso disparaste contra mí; pero estabas demasiado lejos y no hiciste blanco. También me soltaron un par de balas cuando pretendía llegar a la cabaña donde estaba Colin. La segunda vez posiblemente no disparaste tú, debió hacerlo alguno de tus muchachos. Tú no hubieses fallado. Diste orden de que me asasen porque si yo salía de ésta te pondría en dificultades.

Jim miró el rifle que Grant sostenía en la mano y luego posó los ojos en la figura de Runyon.

—No has debido hacerlo, Tommy.

—Pero lo he hecho.

—Te apreciaba.

—Gracias.

—Ahora lo has complicado mucho.

—La vida es una pura complicación.

Jim Bodin dio un suspiro y murmuró:

—Debiste aceptar mis argumentos. ¿Qué más te daba?

—No podía, Jim. Lloyd *Mail* me iba a liquidar.

Jim se apretó las sienes con la mano izquierda.

—Sí, eso es cierto. Lloyd *Mail* te hubiese liquidado.

Tommy miró otra vez hacia la cabaña. No había ni rastro de Liz.

Jim se frotó la mejilla con el dorso de la mano.

—Es una lástima que lo hayas hecho tan difícil, Tommy.

Runyon se encogió de hombros y el cazador de alligators dijo:

—Tendré que mataros a ti y a la chica.

—Hay un arreglo, Jim.

—¿Sí?

—Te quedas con los brillantes y me das el botín de Lloyd.

Sobrevino un gran silencio. Jim se humedeció los labios con la lengua y miró a Grant.

—¿Lo has oído, Grant?

—Sí y te voy a decir lo que pienso. Este tipo no está en sus cabales. Le puedo volar la cabeza de un disparo y trata de imponer condiciones.

Jim meneó la cabeza.

—Ya lo sabes, Tommy. No puede haber arreglo.

—¿No eres tú el jefe?

—Sí, yo soy el jefe.

—Entonces ordénales lo que han de hacer. Los brillantes os proporcionarán mucho dinero.

Grant negó con la cabeza.

—No quiero brillantes. Eso es cuenta tuya, Jim. Los muchachos y yo nos aliamos contigo para pegar el golpe de La Herradura. Son billetes sanos y es lo que queremos. Ahora que cada cual coja lo suyo y se vaya con la música adonde le parezca. Me conformaré con un par de piedras, pero te aseguro que las guardaré para venderlas cuando esté en la mala. A los chicos y a mí nunca nos ha gustado el contrabando. Siempre trae complicaciones. Ellos y yo queremos los

billetes.

Jim Bodin hizo una mueca.

—De acuerdo, Grant —miró a Runyon y sus ojos cobraron nuevo brillo—. Estás listo, Tommy. Tú te lo has buscado.

—Muy bien, no me voy a quejar.

—Vamos a por la chica.

Jim se volvió y levantó el brazo.

Cuatro hombres salieron de una cabaña desde la que habían hecho fuego contra la banda de Colin.

Tommy los observó atentamente. Aquellos cuatro tipos y Grant debían ser los que entraron en el negocio de La Herradura. Con toda seguridad, Jim Bodin, el organizador del asalto, debió esperarlos en la calle, al volante del coche.

Echó a andar junto a Jim, seguido por Grant y los demás tipos. Todos ellos portaban rifles.

Primero entró Jim Bodin, luego Tommy y a continuación Grant.

—Espera aquí, Tommy —dijo Jim y empezó a buscar en las habitaciones. Finalmente se dirigió al patio de atrás y regresó rápidamente.

—La chica no está aquí —anunció.

Grant volvió la cabeza hacia los muchachos, dos de los cuales estaban en el porche.

—¿Lo habéis oído, chicos? Se ha largado. Vamos, de prisa, ir adonde está el convertible.

Los dos hombres saltaron del porche y empezaron a correr, pero de pronto se quedaron quietos.

Todos habían salido fuera. Grant y otro hombre apuntaban los rifles al cuerpo de Runyon.

Uno de los salteadores que había recibido la orden de ir a por la muchacha anunció:

—¡No está el coche!

—¡Infiernos! —exclamó Grant—. Puede haberse ido hace quince minutos. Todo el tiempo que estuvimos hablando —señaló a Tommy—. Y ha sido él el culpable.

—Hemos de estar tranquilos —dijo Jim.

—¿Tranquilos? Esa chica acudirá a la policía.

—¿Y qué? —repuso Jim—. ¿Qué va a ocurrir con que vaya a la policía? Ella no sabe nada y cuando la policía llegue aquí sólo

encontrará unos cuantos cadáveres.

Grant miró a Runyon.

—Incluido el de Tommy.

Runyon no tenía nada que replicar y guardó silencio.

Jim se dirigió a dos de los muchachos.

—Traed el coche y la valija, nos vamos. Os daréis mucha prisa.

A mí tampoco me gusta quedarme mucho aquí.

Los dos muchachos hicieron sendos movimientos de cabeza y se marcharon.

Jim sacó su pipa, la llenó de tabaco y le prendió fuego. Arrojó una bocanada de humo y se quedó mirando a Runyon.

—Yo no te metí en esto, Tommy. Fue Lloyd *Mail*. Es a él a quien le debes guardar rencor.

Tommy rió sarcásticamente.

—¿Qué más da quien fuese? Lloyd *Mail* y tú sois iguales.

—¡No!

—Sí, Jim, exactamente iguales, aunque a ti te parezca lo contrario. Quizá la única diferencia consiste en que él tiene coraje y tú no. Lloyd burla la ley todos los días y tú necesitas mucho tiempo para decidirte. ¿Y qué pasa cuando al fin decides correr el riesgo? Matas con la frialdad que Lloyd *Mail*. Puedes despachar a un semejante con los mismos nervios que si estuvieses pisando una hormiga. Lo importante de un hombre es su buena o su mala condición y la tuya es perversa.

Jim dio otra chupada a la pipa sin apartar la mirada del rostro de Tommy. Luego dijo:

—Siempre me tocó la peor parte en la vida, Tommy.

—Excusas.

—Yo he sido siempre considerado como el más tonto y les he querido demostrar que también soy listo.

—¿A quién, Jim? ¿A quién se lo has querido demostrar?

—A todos.

—Solamente a la gentuza. Es lo único que te ha preocupado. Por eso elegiste a Lloyd *Mail*, a un cerdo que le gustaba revolcarse en el lodazal. Ése es el mundo que tú te has construido.

—El de un delincuente.

—Está fuera de toda duda, y por ello tú te has convertido también en un ladrón y además en un asesino.

Grant hizo una mueca desagradable.

—¿Por qué aguantamos a este tipo? Me lo voy a cargar, Jim.

Jim hizo un gesto con la mano.

—Todavía no, Grant.

—¿Por qué no? Ya has oído lo que te ha dicho. No lo vas a convencer con tus filosofías.

—Las cosas se han complicado, Tommy —dijo Jim—. No quise matar a nadie.

—Pero estabas dispuesto a hacerlo y lo has hecho. Has matado a unos cuantos y matarías a una docena, a cien, a todos cuantos se te pusieran delante Pregúntatelo a ti mismo si tienes alguna duda, Jim.

Hubo una pausa y luego Jim dijo:

—No; no hay ninguna duda. En eso tienes razón. Hubiese matado a cualquiera, hasta a ti mismo.

—Sólo te falta decir que yo soy la persona que más aprecias y que te duele hacerlo.

Jim miró la pipa. Se le había apagado.

—Anda, Grant, termina pronto —apremió.

Grant rió.

—Ahora mismo.

—Yo salgo fuera —dijo Jim.

Bodin miró todavía unos instantes a Tommy y luego dio media vuelta y salió de la cabaña.

Grant levantó el rifle.

—¿Dónde quieres la medicina, Runyon? ¿En el pecho o en la barriga?

—Da lo mismo —repuso Tommy.

—Está bien. Será en el pecho. En la barriga duele más. Jim lo querrá así.

Hubo un silencio.

Grant se humedeció el labio inferior con la lengua y levantó el rifle.

CAPÍTULO XIII

De pronto se oyó un estampido.

La cabeza de Grant se dobló como si le hubiese picado un moscardón por detrás, en el cogote. Pero no era ningún insecto.

Grant daba la espalda a la ventana abierta y por el hueco había penetrado un proyectil que justo había venido a alojarse en su cerebro, matándole en el acto. Empezó a desplomarse.

Runyon observó que los hombres del porche se tiraban al suelo y se agachó rápidamente y cogió el rifle que estaba a punto de caer de las manos de Grant.

Se oyeron dos ráfagas de metralleta y una granizada de balas cayó sobre el porche.

Tommy vio como uno de los hombres era cosido por un costado, desde el hombro hasta el tobillo.

Jim Bodin saltó del porche y echó a correr hacia la otra parte de las cabañas. Las balas le perseguían y, cuando estaba a punto de quedar a salvo, un plomo le detuvo en el camino. Giró como una peonza y en aquella posición lo convirtieron en un colador. No menos de cincuenta balas se alojaron en su cuerpo.

Apareció un coche en ese instante por entre dos cabañas. Eran los dos chicos que Jim había mandado a por la valija con el botín de La Herradura. Ellos también vieron cómo su jefe moría y el que estaba al volante hizo girar éste rápidamente. Para dar la vuelta tuvo que salir al claro y entonces fue batido por las balas.

Uno de los tipos que había delante fue partido en dos por una ráfaga.

El del volante saltó con la valija y echó a correr por el camino que había traído el coche.

Tommy salió fuera y apuntó con el rifle al único superviviente

que había allí.

—Quieto, chico —ordenó.

En ese momento Lloyd *Mail* lanzó un grito y echó a correr detrás del hombre que huía.

Tommy se agachó sobre su prisionero, el cual estaba electrizado por el pánico, y le quitó la metralleta. Entonces los hombres de Lloyd *Mail* empezaron a disparar de nuevo contra el porche. Habían considerado la partida ganada y estaban con una rodilla en tierra al lado de una cabaña, muy juntos.

Tommy se echó la metralleta a la cara y envió contra ellos una ráfaga.

Los reconoció conforme se estremecían cuando los convirtió en sacos de plomo. Primero fue Bill el que se levantó haciendo una mueca de dolor, luego Joe y, finalmente, otro tipo que estaba con ellos. Parecían danzarines de un extraño baile oriental o marionetas que la muerte accionase desde un punto situado sobre sus cabezas.

Todo quedó en silencio, roto tan sólo por la carrera de Lloyd detrás del tipo que avanzaba con la valija.

Mail se detuvo un instante resoplando y apretó la pistola que tenía en la mano. Alcanzó al fugitivo en la espina dorsal. Entonces Lloyd lanzó una carcajada al verlo inmóvil y empezó a disparar una, dos, tres veces más.

El salteador dio un traspié y de pronto sus pies empezaron a hundirse en la tierra movediza.

Lloyd corrió desesperadamente hasta llegar a una yarda.

—¡Vuelve acá! ¡Vuelve!

Pero el tipo estaba muerto y se estaba hundiendo con la valija que conducía más de doscientos mil dólares.

Lloyd corrió desesperadamente hasta llegar a una yarda del hombre que había matado, el cual ya se había hundido hasta la cintura.

—¡Dame eso! ¡Es mío! —gritó el gángster—. ¡Dámelo!

Pero aquel hombre no lo podía oír. Lloyd estaba muy gordo, demasiado, pero si hubiese estado delgado habría sido lo mismo. Se precipitó y empezó a hundirse también, pero ya había atrapado la valija dando un tirón de la mano del muerto y miró hacia abajo y vio que se había enterrado hasta las rodillas. Giró la cabeza con los ojos desorbitados.

—¡Vamos, muchachos! ¡Venid acá!... ¡Ayudadme!
Pero ninguno de sus muchachos le podía obedecer.

Lloyd vio arriba del porche a Runyon.

—¡Ven aquí, Runyon! ¡Corre! ¡Date prisa!

No; Tommy no podía hacer nada, a no ser que también se quisiera suicidar.

—Tú elegiste, Lloyd —le respondió.

Mail chilló otra vez y mostró en alto la valija.

—Escucha, Tommy, aquí hay más de doscientos mil dólares. La mitad para ti si me salvas. ¡Date prisa!

Tommy no contestó.

Lloyd estaba sudando y su papada brillaba al sol. Miraba al cielo que lo estaba tragando.

El salteador ya había desaparecido totalmente.

—¡Tommy! ¡No me dejes!... ¡No dejes que muera! ¡Todo será para ti, Tommy, la valija...! ¡Tómala!

Pero ahora la apretó contra su pecho como si el dinero pudiese librarlo de la muerte.

—¡Tommy!... ¡Por lo que más quieras! ¡Ayúdame!

El lodo ya le llegaba al pecho y entonces levantó por encima de su cabeza la valija que contenía su tesoro, aquél por cuya recuperación había estado dispuesto a todo.

—¡Runyon! —gritó con todas las fuerzas que le quedaban—. ¡Runyon!

Y en esto la boca se le llenó de barro y trató de gritar de nuevo, pero de su garganta sólo escapó un murmullo.

La cabeza desapareció en la tierra movediza y sus manos se cerraron fuertemente sobre la valija, apretándola. También las manos desaparecieron, y tras éstas el dinero que le había pertenecido. Brotaron unas burbujas y la tierra movediza quedó uniforme, como si allí no hubiese ocurrido nada.

En el antiguo poblado se hizo un gran silencio. Y de pronto Tommy oyó unos pasos, y al mirar hacia la derecha vio venir a Lizabeth Marsh.

El superviviente de la banda de Jim Bodin se estremecía de miedo. Todo lo que había visto le había producido un gran pánico.

Liz subió al porche y se detuvo muy cerca de Runyon.

—Fui a avisar a la policía, Tommy, pero en el camino encontré a

los hombres de Lloyd *Mail*. Estaban merodeando para ver si veían mi coche. Lo reconocieron en seguida. Entonces llamaron a Lloyd y me obligaron a conducirlos aquí.

El la miró silenciosamente y sonrió.

—¿Te he dicho que eres la mujer más maravillosa que he visto en mi vida?

—No, Tommy.

—Recuérdame esta noche, ¿quieres?

Ella le sonrió también.

—Te lo voy a recordar, Tommy, puedes estar seguro.

Tommy miró al prisionero.

—Anda, levántate. Hemos de ir a contarlo todo a la policía.

El gángster se puso en pie temblando todavía y bajó del porche. Tommy se acercó a Liz, le rodeó con el brazo la cintura y la besó suavemente en la boca.

—¿Vamos, nena? —dijo.

—Sí, vamos.

El le cogió la diestra con la mano libre y, así juntos, echaron a andar tras el hombre que, cubriendo su rostro con una máscara, ayudó a otros cinco a robar doscientos cuarenta y seis mil dólares.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).